

Los intelectuales, el entusiasmo y la Revolución cubana

Alfonso Sastre
País Vasco

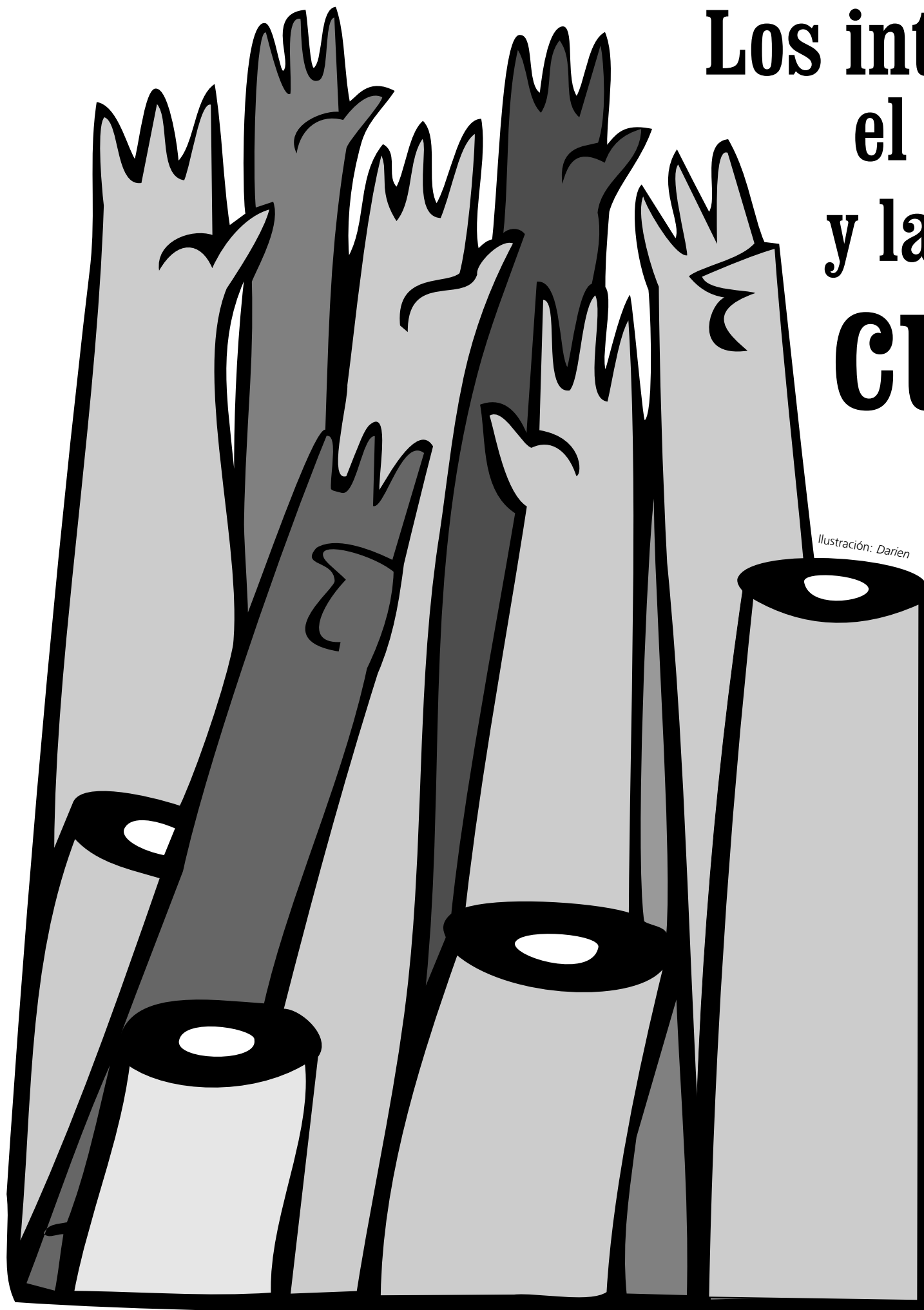
Esta es una relación (la de los intelectuales y artistas de izquierda y la Revolución cubana), que ha tenido sus más y sus menos, desde que en 1959 se produjo la entrada triunfal de los revolucionarios en La Habana y comenzó el proceso propiamente revolucionario después de la fase militar que se había iniciado tres años antes con el desembarco del Granma hasta el día de hoy.

Quiero plantear aquí el punto de vista de una persona que sintió un gran entusiasmo en los orígenes de esta gran Revolución y que hoy persiste en aquel inicial entusiasmo, mientras que otros muchos colegas pasaron de un idilio inicial a una ruptura posterior, que ya en 1971 dio lugar a un documento contra la Revolución cubana que suscribieron muchos de aquellos primeros morados y entusiastas, con motivo de que el poeta Heberto Padilla había sufrido una detención por presuntas actividades contrarrevolucionarias. Nuestros colegas dijeron que habían experimentado ante esta noticia un fuerte sentimiento de «vergüenza y cólera». Firmaron aquel papel, entusiastas de la primera hora como Jean Paul Sartre y Julio Cortázar* que, por cierto, al poco declaró que le parecía que «nos habíamos (se habían) equivocado». Pero ya era tarde. La ruptura se había producido. ¿Qué había ocurrido?

(Consultar mi artículo en la Revista *Triunfo*, 1971).

Decía que la (primera) desertión de intelectuales y artistas —desde el entusiasmo casi loco a la condena sin paliativos— se había producido en un momento, casi de pronto, cuando el idilio parecía aún muy vivo. La última lo ha sido hace apenas unos meses y por una razón bastante más grave: la aplicación de unas penas de muerte en un momento, asimismo, mucho más grave.

Continúa en la página 10



PÁGINA
02 Más de 100
MENTIRAS
Belén Gopegui

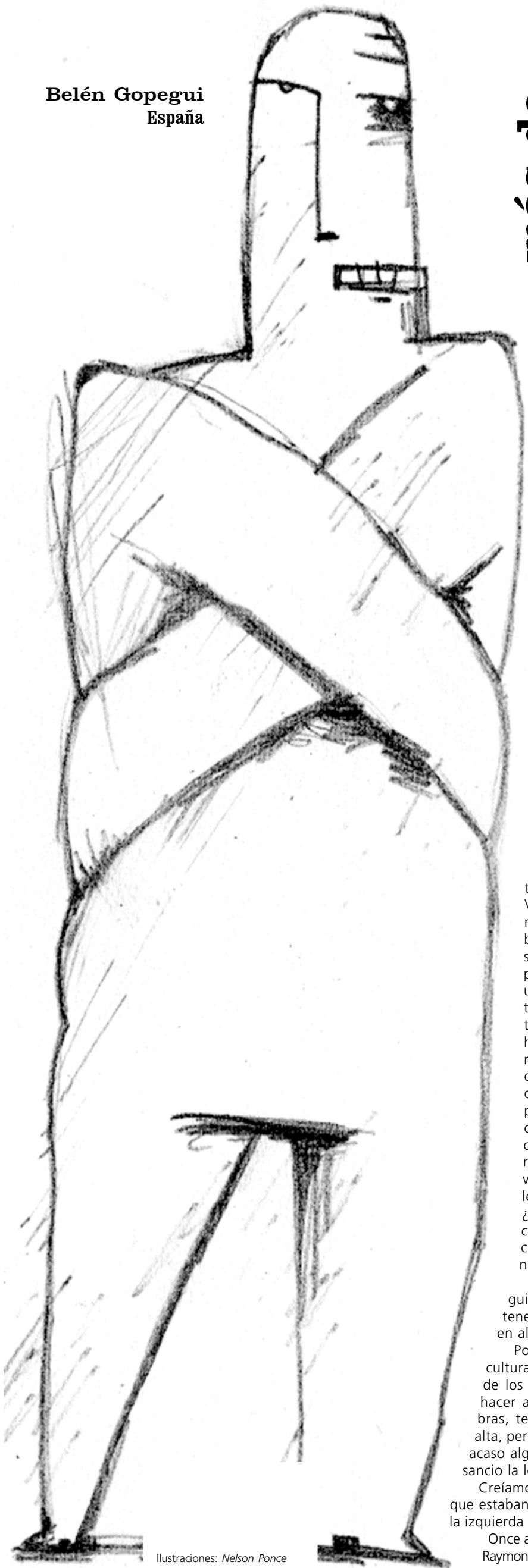
PÁGINA
04 ASTEROIDE
B 612
Alexis Figueredo

PÁGINA
08 Kzando a
KCHO

PÁGINA
12 Sobre métodos
y redes
Abel Prieto

Belén Gopegui
España

más de 1000 mentiras



Ilustraciones: Nelson Ponce

¿Qué sucede con la izquierda cultural, la de los escritores, la de los dramaturgos y poetas, la de los músicos, ensayistas y periodistas, cuando deja de estar en la trinchera, cuando se le abren las puertas del reconocimiento, de las televisiones, de los consejos de redacción? Este es un artículo sobre lo que podría estarle ocurriendo hoy a cierta izquierda cultural en nuestro país. Me impulsó a escribirlo, el debate que suscitó la publicación de mi última novela, en donde planteo la posibilidad de defender la Revolución cubana. Un debate marcado por la ausencia de argumentos, como si Cuba, igual que la crítica de la economía de mercado o la explotación, fuera solo uno de esos temas a los que una parte de la izquierda ha renunciado y entonces qué, ¿por qué lucha esa izquierda?, ¿qué defiende?, ¿para qué se sigue llamando izquierda? A partir de esas preguntas surgió la siguiente historia.

«Tenemos urgencias, amores que matan, tenemos silencio, tabaco, razones, tenemos Venecia, tenemos Manhattan, tenemos cenizas de revoluciones», cantaba Joaquín Sabina en el año 94. «Más de cien mentiras» se titulaba la canción y había en ella, me parece, la voluntad de dar cabida, como en un himno laico, si esto es posible, a un determinado grupo social sin duda significativo. Un grupo que tenía el lujo de no tener hambre, que se encontraba cómodo con ciertas referencias —guerras de Macondo, *gángsteres* de Coppola. Dueño de un alma en oferta que nunca vendimos, ese grupo era, tal vez, parte de la izquierda cultural de este país y, como en la canción, fue aprendiendo, cosa curiosa, a hacer del no tener ninguna bandera su bandera. Más de cien pupilas donde vernos vivos, más de cien mentiras que valen la pena. ¿Quién puede discutir esto? ¿Quién no desea y a veces necesita y sabe cómo consuelan las mentiras de amor o de camaradería, las mentiras de azares y risas y noches que valen la pena?

Ese grupo cantó aquella canción y han seguido pasando los años. Ahora quizá, ya no tenemos tabaco y tal vez aquel alma en oferta, en algún rato malo, la vendimos.

Porque ese grupo, esa parte de la izquierda cultural, ocupa, ocupamos, si no todos, muchos de los espacios del discurso público. Queríamos hacer algo. Teníamos miedo a las grandes palabras, teníamos miedo a las frases dichas en voz alta, pero aun si fuera en voz baja, queríamos hacer acaso algo más que repetir e impartir hasta el cansancio la lección de que no hay que dar lecciones.

Creíamos que, por confusos que los demás dijeran que estaban los tiempos, sí había una diferencia entre la izquierda y la derecha.

Once años antes de que Sabina cantara su canción, Raymond Williams había escrito sobre las movilizaciones

relativamente grandes en torno a temas como el pacifismo, los derechos de los homosexuales, los derechos de las mujeres. «Se produce una aparente asimetría entre estos avances reales», decía Williams, «y las persistentes mayorías de otro tipo: conservadoras (en más de un partido), consumistas (...) No es momento para el desencanto o las recriminaciones», seguía. «Lo único que importa es entender cómo puede suceder esto, y de hecho no es nada difícil entenderlo. Todas las presiones decisivas del orden social capitalista se ejercen en una gama muy estrecha y a un plazo muy corto. Hay un empleo que conservar, una deuda que pagar, una familia que mantener. (...) Incluso los planteamientos que obtienen una respuesta más amplia quedan marginados cuando se enfrentan con este núcleo duro de lo social. Además, lo que generalmente se experimenta dentro de él, ya que está allí para que así sea vivido, es una prudencia, un abanico de intereses a la vez prácticos y limitados, una renuncia a dejarse perturbar, una contabilidad cauta y unos cálculos a muy corto plazo».

La izquierda de los cien motivos pensaba que, más allá de los hermosos gestos donde no resulta difícil coincidir con la derecha, era posible trabajar sobre el núcleo duro de lo social, haciendo que el miedo fuera menor, haciendo que las causas del miedo, la voracidad, el modo de producción, poco a poco se transformaran y desaparecieran.

Volviendo a las canciones, en 1979 Silvio Rodríguez preguntaba: «¿Dónde pongo lo hallado en las calles, los libros, las noches, los rostros en que te he buscado?». Es una pregunta importante porque la izquierda, al menos la izquierda cultural, en el camino de buscar esas cien palabras que la distinguieran de la derecha, encontró algunas cosas que a lo mejor no sabe dónde poner. Hemos ido llenándonos de cosas: columnas, secciones, contratos, tribunas, trabajos con productoras, con editoriales, programas en los medios, amigos que no imaginamos, aliados que tampoco imaginamos.

Quizá fue entonces cuando parte de esa izquierda vio que podía no seguir andando, que todo el mundo se para alguna vez y acaso ella también podía detenerse. Y lo hizo. Se detuvo. Olvidó que los derechos humanos, en los que tan sencillo era coincidir con la derecha, fueron y son fruto de una legitimidad revolucionaria. Olvidó que podía resultar hipócrita y sangrante llenarse la boca con esas dos palabras, derechos humanos, desde países donde se daba por sentado que, en la práctica real, los derechos eran cuestión de suerte o de éxito, en países donde la única ley universal que en verdad estaba vigente era la ley del sálvese quien pueda. Olvidó que había una isla, a la que tan falso y tranquilizador resultaba arrumbar llamándola «dictadura de izquierda», una isla en donde se luchaba precisamente porque los derechos humanos fueran en verdad derechos y no privilegios ejercidos sobre el fracaso de otros. Una isla donde se nos recordaba que nada de lo que aquí disfrutamos tiene sentido ni es justo si, en palabras de Santiago Alba, «su disfrute no es formal y materialmente universalizable».

Puestos a olvidar, cierta izquierda cultural española olvidó también algunas cosas como la independencia de los medios de comunicación y la necesidad de reclamar esa independencia aunque solo fuera en forma de tensión, de reivindicación permanente que incidiera en la legitimidad. Ocurrió entonces que en un medio que se autotitulaba independiente, *El País*, un crítico literario, Ignacio Echevarría, osó criticar una novela publicada por una editorial, Alfabeta, de la que era propietario el mismo grupo dueño del periódico. El crítico fue bloqueado y la izquierda cultural permaneció callada. ¿Qué le importaba la crítica, el valor, el

ejercicio del discernimiento? ¿Para qué lo quería la izquierda cultural ahora, ahora que ya había llegado? ¿Por qué no iba a decir ahora la izquierda cultural, como otros habían hecho antes que ella, decir, aunque fuera por omisión, «dispáren sobre el crítico» o el mejor crítico literario es el crítico muerto?

Y en los días más largos la izquierda cultural amanecía sobre sus propias contradicciones, pero ya no podía verlas, y se encontraba de pronto argumentando sobre excepciones culturales sin atreverse a argumentar que la razón de que esas excepciones fueran necesarias era precisamente la regla, era la regla de la economía de mercado lo que la izquierda cultural no quería para ella misma, para sus productos, para sus obras, y sin embargo había renunciado a discutir para el resto.

Parece que fue así, parece que una parte de la izquierda cultural se detuvo o nos detuvimos. Porque lo cierto es que hoy, que estamos en tantas partes, sigue vigente la impresión que tenía Raymond Williams. Avances reales en algunos asuntos, pero conservadurismo, prudencia y miedo en el núcleo duro de lo social. ¿Por qué cuando tenemos casi todas las columnas, casi todas las tribunas, los libros, la música, no es este un país donde se esté debatiendo el núcleo duro de lo social? ¿Por qué las más de cien mentiras dejan de ser un símbolo y se convierten en una realidad cuando se habla de Cuba, cuando se habla de Palestina, cuando se habla de Bolivia o de Venezuela?

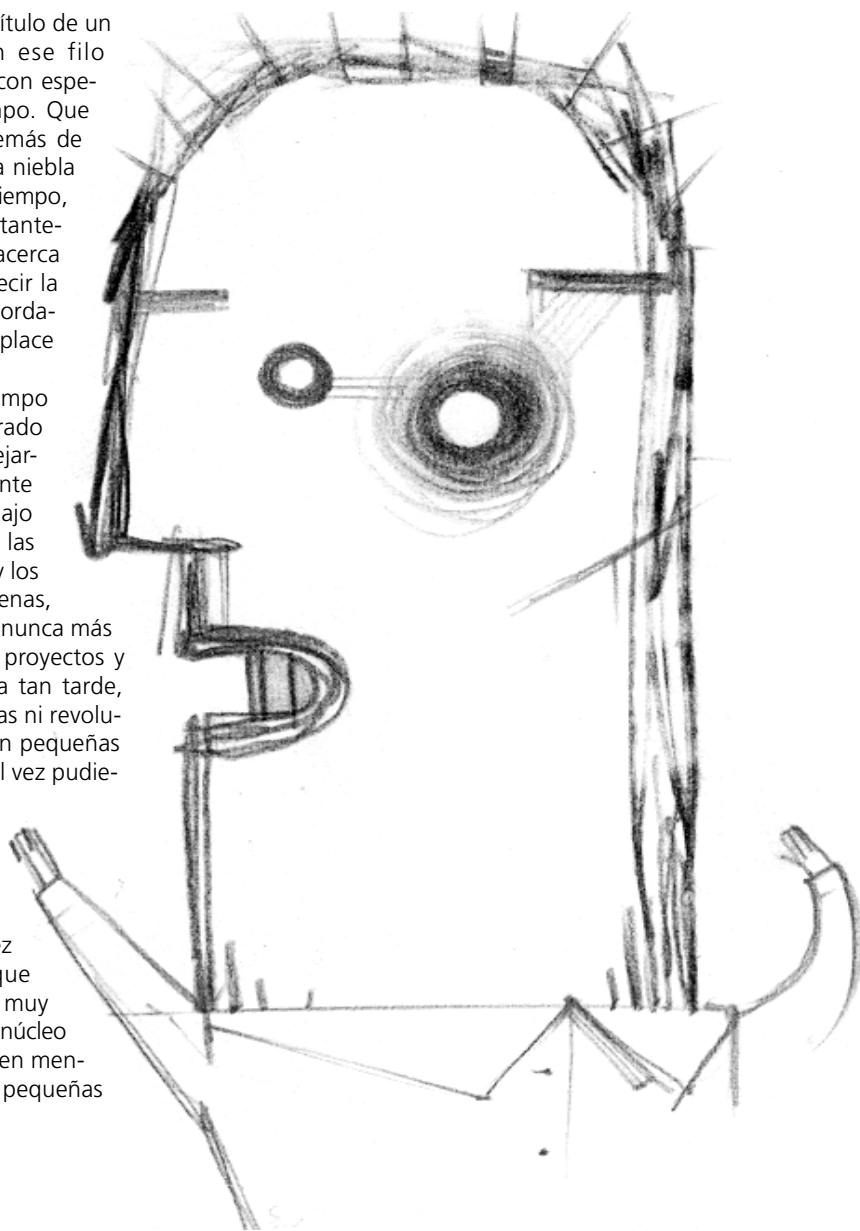
Es una grave mentira afirmar que los 75 disidentes cubanos, condenados por atentar contra la independencia del Estado cubano y por colaborar con la Ley Helms Burton, fueron a prisión por «pensar distinto», como se afirma desde la derecha. Es una grave mentira entre muchas otras que circulan y que la izquierda oye en silencio, pero el silencio a veces suena y trae palabras que no estaban en la canción, a lo mejor cansancio, rendición, abandono.

Si la izquierda cultural no quiere que le pidan banderas, ni proyectos, si estamos tan cansados y las cenizas nos impiden ver, quizá al menos podríamos, junto a las cien mentiras, buscar unas pocas verdades pequeñas, escritas con minúsculas. Verdades que están en los documentos. Verdades que la izquierda cultural a veces conoce y olvida, y otras ni siquiera se toma el trabajo de buscar y de encontrar.

Llámesese cobardía a esta esperanza es el título de un interesante libro de Gunter Anders. En ese filo siempre, queriendo que sea sin cobardía y con esperanza, a veces pensamos que aún hay tiempo. Que además de cinismo, locura, deseo, que además de garitos, moteles, pudores, que además de la niebla metida en los huesos tal vez vaya llegando el tiempo, otra vez, de sacar a Bertolt Brecht de las estanterías, de poner en práctica sus instrucciones acerca de cómo vencer los cinco obstáculos para decir la verdad. Pensamos que aún hay tiempo y recordamos, con Brecht, que nuestra discordia complace a la derecha.

Pero si no lo hubiera, si ya no hubiera tiempo y fuera ya tan tarde. Si hubiéramos encontrado demasiadas cosas en el camino como para dejarlas unos minutos, como para olvidarlas durante esos pocos minutos que lleva tomarse el trabajo de contrastar los datos que se publican. Si las cien mentiras fueran nuestro único objetivo y los cien motivos para no cortarse de un tajo las venas, nuestro propósito; si no fuese a importarnos nunca más la extrañeza de coincidir, en tantas causas, proyectos y juicios con la derecha. Entonces, si fuera ya tan tarde, esta izquierda cultural que no quiere banderas ni revoluciones, que teme a las verdades aunque sean pequeñas y al autoritarismo, entonces esta izquierda tal vez podría hacer un acto libertario, pues pienso que libertario acaso sea una palabra a la que no temamos todavía. Entonces, tal vez, acaso podríamos ceder un 5% de nuestros espacios, una columna o dos al año, una tribuna libre o dos, un rato o dos en los programas, diez páginas de un libro a la otra izquierda que también existe, que trabaja en colectivos de muy distinta clase, que aun se preocupa por el núcleo duro de la explotación y que, además de las cien mentiras que le consuelen, busca tres o cuatro pequeñas verdades para no traicionar. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n184_11/184_29.html



LUZ

sobre las palabras

Amado del Pino
Cuba

Escribo al borde del estreno de una de mis obras. Para los que me conocen, eso quiere decir temblando, caminando kilómetros dentro de la casa, contestando seca o ferozmente al teléfono. Uno de los pasos que el público menos imagina en la víspera de la clásica frase «se abre el telón», es la complicada iluminación de un espectáculo. El noble invento de la luz eléctrica cambió muchas cosas en las artes escénicas. Hasta en la escritura de los dramas el apagón sustituyó las cortinas u otros elementos separadores. La luz subraya, matiza, define.

Cuando se cuenta con una pizarra sofisticada y hasta computarizada, las cosas se simplifican, aunque hace falta la mano y sobre todo, el gusto del diseñador que case la emoción o la duda con el color o la intensidad que le pertenecen. En nuestro ámbito, algunas salas siguen siendo artesanales y hasta rudimentarias. Entonces la jornada de montaje de luces se convierte en una de las más agotadoras para el colectivo creador. Los movimientos, que en los ensayos anteriores fueron ganando en solvencia y fluidez, ahora deben estancarse, repetirse, tornarse voluntariamente mecánicos para que el director dé las indicaciones precisas y el diseño se cumpla o hasta se enriquezca. Como el dramaturgo se queda al final con un

verbo determinado, desechando otras opciones, el responsable de la iluminación mueve lámparas, prueba filtros, agota posibilidades, para que los espacios sobre el escenario resulten nítidos y precisos.

Un buen diseñador de luces debe estar implicado hasta el alma en el proceso de la puesta en escena. Los he conocido con excelente sentido de la espectacularidad y sabios en la composición casi cinematográfica de los haces y las sombras, pero que no se leen el texto o no conversan lo suficiente con el director sobre las ideas en juego. En estos casos, el resultado suele ser hermoso, pero vacío, y a veces, hasta desorientado. Los formalistas en este terreno me recuerdan a los llamados «fotógrafos de primer acto». Son esos señores del lente que llegan puntualmente a la sala —casi siempre con una muchacha en ristre— y tiran muchas fotos —puede que algunas hasta resulten excelentes—, pero eso sí, todas de la primera escena del espectáculo. Si el protagonista aparece en el minuto quince de la obra, no quedará en la memoria gráfica, pues un momento antes el fotógrafo de esta raza partió con cámara, novia, excusa y la conciencia más o menos tranquila.



Ilustración: Raupa

Pocas cosas desesperan tanto al actor como una sombra imprudente cuando se está desgarrando con un texto difícil o vacilaciones de la luz que lo desconcentran a él y distraen al público. Ya se sabe que en tiempos de Shakespeare se prescindía de muchos efectos y se trabajaba a base de velas o buscando la coqueta complicidad del atardecer. Pero seguramente los mejores espectáculos manejaban con gracia los destellos de la cera o se colocaban con pericia ante el sol moribundo. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n187_12/lacronica.html

ASTEROIDE B 612

Alexis Figueredo
EE.UU.

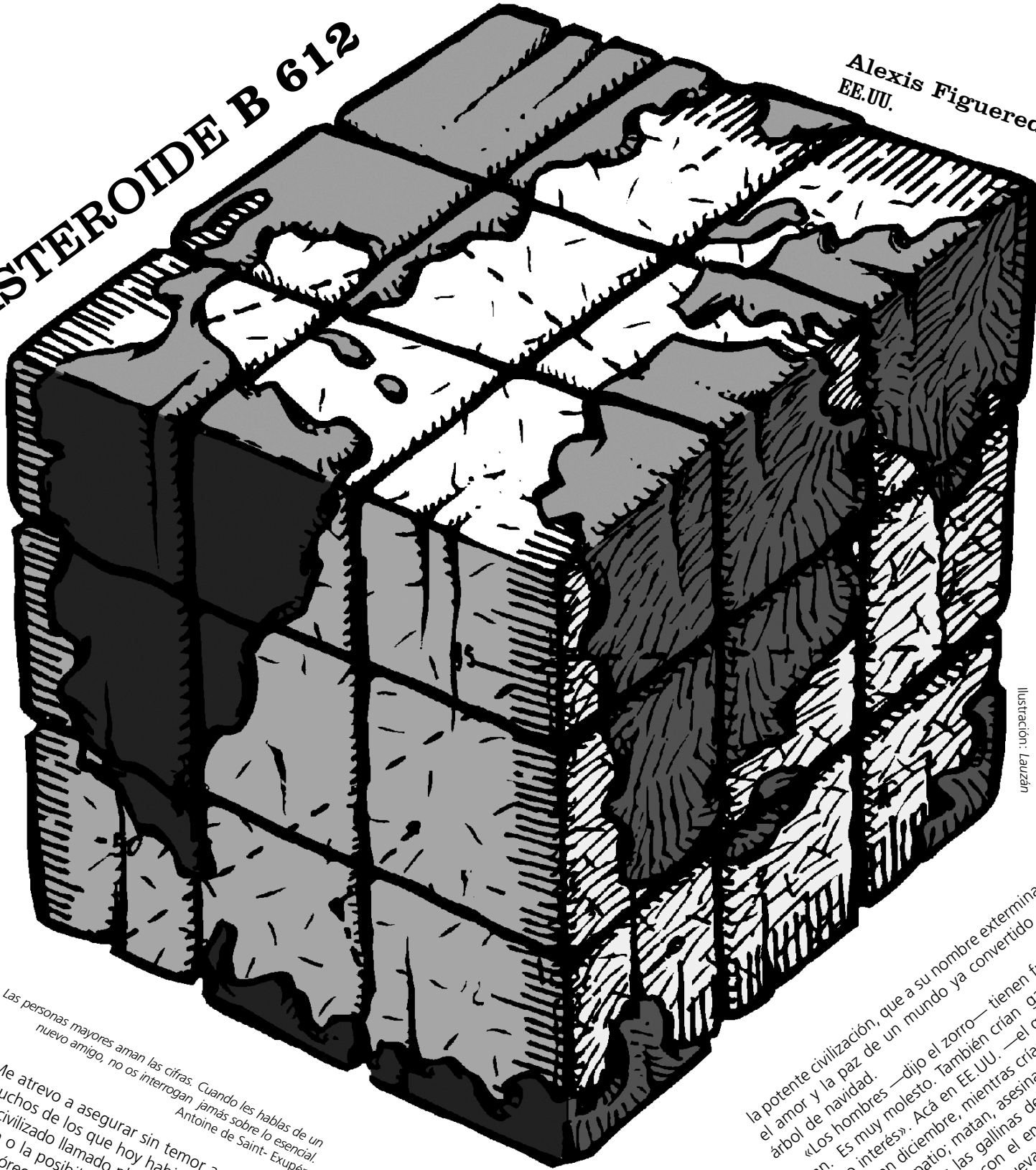


Ilustración: Lauzan

Las personas mayores aman las cifras. Cuando les hablas de un nuevo amigo, no os interrogan jamás sobre lo esencial.
Antoine de Saint-Exupéry

Me atrevo a asegurar sin temor a dudas, que si a muchos de los que hoy habitamos este estéril planeta Tierra, nos dieran la opción o la posibilidad de abandonar este caso corpóreo de dimensiones megairracionales, yo haríamos a gusto. Voy incluso más lejos, creo que muchos partiríamos clausurando la posibilidad o añoranza de regreso; el retorno se descartaría como posibilidad de jubilación, retiro o nicho redimido. A diferencia de El Principito de Saint-Exupéry, los hoy desdichados, proscritos y alienados de esta inmunda jauría humana que hoy nos toca habitar, nos transportaríamos al Asteroide B 612 con el objetivo de izar nuestras quimeras lejos de la desfachatez que hoy nos devora.

La decadencia humana es hoy tan ostensible, tan soberbia y precoz, que los disidentes globales, los que denuncian o padecen el flagelo de la embesmentada, se reducen o son reducidos, en ocasiones, al Tercer Mundo o los patrones establecidos o a los manicomios espirituales donde la moral, la cívica y la ética son el excremento de los victimarios y jueces de paz. Disentir hoy de la arrolladora barbarie del consumo, la globalización, el neoliberalismo, la corrupción corporativa, el hurto de la identidad, es pasar *ipso facto*, a engrosar las filas de los menesterosos

marginales que militan en las postimerías de los desagües civilizados.

Diciembre es especialmente un mes que exacerba la irresponsabilidad humana. Acá en EE.UU., el rebaño monocorde comienza tempranamente a hacer derroche de su «poder financiero». Por supuesto, el mal gusto de la desmesura, acompañada fielmente la irracional postura de los indiferentes y agresivos anhelantes. Inmediatamente después del día de Acción de Gracias, donde hipócritamente comparten sus miserias enemigos íntimos y distantes familiares, comienza el mes de diciembre como farol gigante. Ahí, inconsciente y devorador, va el vulgo con su frenesí incontrolable, alumbrándolo todo, el asfalto se ilumina, las casas se convierten en carrozas de carnavales estériles; la tala de pinos es demolidora, todos, al unísono, quieren un pino para vestirlo de luces artificiales. La felicidad se viste de luces, la miseria espiritual se regocija y se cobija en el artificio, el ser se embiste y se satura de mierda simulada, de candor plástico. Así comienza diciembre en EE.UU.

A lo lejos, allá en el Oriente Medio, los mismos que alumbran sus almas con energía falsa y robada, les apagan la vida a miles y miles de seres humanos. Los mismos que en la América robusta derrochan la iniquidad sobre los campos de la belleza, esos mismos, se corrigen con ímpetu en la fragilidad de seres de culturas diferentes, seres que pagan el precio geopolítico de haber nacido en tierras fértiles de recursos petroleros, seres que pagan su cercanía geográfica con Israel, seres víctimas del neofascismo y el sionismo. Allá, donde habitan las víctimas, todo es oscuro, desierto; allá la muerte es la única que se ilumina ante

la potente civilización, que a su nombre extermina el amor y la paz de un mundo ya convertido en árbol de navidad.

«Los hombres —dijo el zorro— tienen fusiles y cazan. Es muy molesto. También crían gallinas. Es su único interés». Acá en EE.UU. —el guardián insolente—, en diciembre, mientras crían y alimentan las luces de su patio; matan, asesinan, cazan y arrastran con sus fusiles las gallinas del patio ajeno terminará diciembre, con el entusiasmo masivo de los invasores, buscando nueva presa en enero próximos de la infamia.

Hoy, el Asteroide B 612 quizás nos sirva de refugio a las víctimas de este holocausto de luces. Allá, lejos de las bombas y también lejos de la arrogante embesmentada, distantes de las navidades de la posibilidad de los baobabs. Allá, quizás tengamos la posibilidad de alimentar las flores sin necesidad de biombos, verlas crecer no sometidas, libres de humillación y saqueo.

Quizás un día, el Asteroide B 612 nos brinde la posibilidad de acariciar un crepúsculo limpio y tierno. Ese que hoy los poderosos del planeta Tierra entodan y sepultan. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n188_12/188_09.html

Entrevista con Lourdes Prieto

L

ourdes Prieto, inquieta realizadora, con una larga trayectoria como asistente de dirección en filmes cubanos de ficción como *Fresa y chocolate*, por solo citar uno, además de su reconocido desempeño como documentalista: *Bajo la noche lunar* y *Conversando con Ruth*, sobre la vida de Pablo de la Torriente Brau; *Rumor del tiempo*, un lúcido y bien estructurado material que revela la sensibilidad humana y profesional de Julio Girona, uno de nuestros más destacados pintores vanguardistas, acaba de recibir en el recién concluido XXI Festival Cine Plaza 2004, el Premio Documental por *Daniel Santos: para gozar La Habana*, que dirigió junto a José Galiño, y el del Círculo de Cultura de la UPEC.

Perspicaz en sus opiniones, Lourdes reflexiona sobre el género documental: «un tipo de cine irreverente, cuestionador, que rescata la historia y pone en evidencia las contradicciones más contemporáneas, deja abiertas las ventanas de la vida para meterse en la piel del continente, en la masa anónima y tremendamente humana que lo habita».

Alternativa disonante frente al modelo de banalización cultural, ¿consideras que el documental sigue siendo ese pequeño, y a veces soslayado atajo para buscar en la vida, y no fuera de ella, la belleza estremecedora de nuestra identidad americana?

Es indiscutible que el documental como género cinematográfico tiene y seguirá teniendo un impacto tremendo en la sociedad. De hecho y por naturaleza propia, es muy cuestionador; como dices, penetra en las esencias humanas e intenta sacar en dependencia del talento y la capacidad de sus realizadores lo más auténtico de nuestras realidades. Para mí sigue siendo fascinante y enriquecedor, precisamente porque no trata de embellecer con falsas miradas la vida, sino que nos la devuelve con todas sus contradicciones, frustraciones, sueños y esperanzas.

Sobre el documental cubano en particular, consideras que ha cambiado su estética en relación con aquellos que se hicieron en los años 60 y 70 y que sentaron escuela... ¿por qué?

El documental cubano de estos tiempos no puede negar que es heredero directo de la escuela documentalística de los 60 y 70. Si bien es cierto que ha cambiado, en tanto ha cambiado también la sociedad cubana, nuevos contenidos requieren nuevas formas, nuevas maneras de aprehender una realidad que siempre está en constante movimiento y en cine, la dinámica formal como estructura artística, varía.

¿Cuáles constantes formales consideras inherentes al género?

Mira, el documental tiene su propio lenguaje. Hay elementos formales, por supuesto, dentro de la época actual, como las disolvencias, los cortes, los movimientos de cámara, incluyendo los efectos que se pueden lograr con los lentes de cámara; la incorporación de la computadora en los procesos de edición, en especial el AVIC y otros sistemas, que han contribuido a enriquecer el lenguaje formal cinematográfico, pero lo que más importa, en última instancia, no son ni siquiera esos «efectos», sino el tema, la profundidad en la investigación, el modo en que se organiza el material y la mirada que el propio realizador hace de ese tema.

¿Y qué importancia le concedes a la mirada subjetiva?

Cuando voy a hacer un documental sobre determinado asunto trato siempre de buscar qué otros acercamientos existen, e incluso si hay otras formas de arte afines a él, como puede ser las artes plásticas, pues eso me revela muchas claves estéticas, pero es innegable que la mirada subjetiva de una, siempre está presente en la obra que realiza, que pasa por la sensibilidad y la agudeza con que sea capaz de acercarse al tema desde el punto de vista de cine.

¿Qué problemas objetivos y subjetivos conspiran contra el género en estos momentos?

Un primer problema es de carácter material: no hay presupuesto para elaborar documentales. El documental está subvalo-



Idania Trujillo
Cuba

Ilustración: Sarmiento

¿Crees entonces en la mirada objetiva?

El documental siempre está muy ligado al testimonio, forma parte de la memoria histórica de una época y lo demás es cuestión de estilo y de sensibilidad.

¿Y qué importancia le concedes a la mirada subjetiva?

Cuando voy a hacer un documental sobre determinado asunto trato siempre de buscar qué otros acercamientos existen, e incluso si hay otras formas de arte afines a él, como puede ser las artes plásticas, pues eso me revela muchas claves estéticas, pero es innegable que la mirada subjetiva de una, siempre está presente en la obra que realiza, que pasa por la sensibilidad y la agudeza con que sea capaz de acercarse al tema desde el punto de vista de cine.

¿Qué problemas objetivos y subjetivos conspiran contra el género en estos momentos?

Un primer problema es de carácter material: no hay presupuesto para elaborar documentales. El documental está subvalo-

rado; siempre se ha visto como un género menor, un poco relegado de las pantallas. A veces es tan crudo, tan efectivo, tan directo, tan inmediato, que esos valores intrínsecos que posee conspiran contra su posible exhibición y comercialización. Es un género demasiado peculiar. Otra cosa, encuentro grandes dificultades no solo en el sentido del presupuesto, sino en los plazos, a veces prolongados, que tiene que recorrer el realizador para poder filmar, editar o producir una obra. Es un género bastante complicado aunque, al propio tiempo, infinitamente maravilloso.

Pero con todo, ¿crees en su futuro?

Siempre he creído en su futuro. Es más, lo que muchos no toman en cuenta, es que cuando el documental se relega como género, se pierde parte de la memoria histórica de una nación. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n181_10/181_10.html





Andrés D. Abreu
Cuba

Ilustración: Portocarrero

Bendita, simbólica e iconográfica

« La historia de esta Santa Bárbara es antigua. Un carpintero vino a ver a Guadalupe Stable para pedirle que lo ayudara a resolver un problema familiar —su mujer no engendraba hijos— y le prometió hacerle una obra de arte en caso de que lograra su objetivo. Luego de realizado el milagro, el carpintero talló la virgen de madera... »

Así narra la investigadora Bárbara Balbuena, en su libro *Las celebraciones rituales festivas de la Regla de Ocha*, cómo Santa Bárbara se convirtió en la patrona de la casa-templo de la familia Stable, en Cruces, provincia de Cienfuegos, cabildo donde es considerada una virgen milagrosa, objeto de veneración de gran parte de la población local y de otros pueblos vecinos. Testimonio que, desde la más auténtica tradición popular, reafirma la continuidad del aporte de la espiritualidad sacra a la creatividad artística. Relación histórica que, incluso, se sostiene en los discursos contemporáneos del arte y que en el contexto cubano actual ha derivado hacia una relación privilegiada con el sincretismo que particulariza a los cultos religiosos cubanos.

Dentro de esta cultura asociada a la santería cubana, uno de los símbolos más traspolados a los sistemas representacionales de las artes plásticas, ha sido justamente el de esa Santa Bárbara condenada al confinamiento por la fuerza irrevocable de su fe cristiana y convertida en patrona de la artillería; y el de ese orisha viril y guerrero que es Changó, con quien se fundió en nuestro folclor mestizo.



Si muy famosas son las múltiples obras que Portocarrero dedicó a la veneración de Santa Bárbara,

exquisitamente elegante es esa que modeló en piedra caliza Rita Longa, quien de seguro la hubiese querido ver escalada a un tamaño mayor y sobre algún trono geográfico de nuestra Isla atrayendo todos los rayos para afirmar su poder divino.

Muy simbólicas de la adoración, la invocación y las plegarias que caracterizan la relación entre creyentes y espíritus santos, son las versiones de Santa Bárbara que ha realizado la artista Zaida del Río, representada desde un barroquismo figurativo y una poética que incluye la escritura de oraciones como «Acudo a ti Santa Bárbara, aparta de mí esos seres malvados y miserables que me acechan, confúndelos, a ti aclamo con fe y te entrego mi vida, tú mi protectora... »

Simbolismo es también lo que distingue a la Santa Bárbara de Aziyadé Ruiz calificada por la crítica Caridad Blanco como una pieza donde resulta imposible sustraerse del contenido religioso que ella ostenta y en la que «la espada-flor, es el tropo que resume su valor, contrapunteando con la figura femenina ubicada al centro de la composición, en condición de semejante, llevando en sí todas las cualidades del instrumental puesto al servicio de una justicia que vindica la resistencia de las mujeres».

Series plurales de Santa Bárbara mujer, también ha realizado Eduardo Roca (Choco). Desde la colografía que lo caracteriza como uno de los más consagrados maestros del grabado cubano. Este artista ha basado su representación en dos iconográficos elementos que acompañan la imagen de la santa: su espada y su corona. Signos de poder que distinguen la visión de Choco sobre el sentido mítico-figurativo de esta

santa y de su orisha. Su grabado realizado a Changó resalta por la roja iluminación del hacha bipetaloides que le sirve de atributo preferencial.

A Changó nadie, como el maestro Manuel Mendive, le ha tributado visualmente en toda la dimensión de su historia y significado. Basta con la muestra realizada en la galería de Güines en el año 2001. Bajo el título de *Santa Bárbara-Changó en nuestras vidas*, este artista, a quien Eusebio Leal calificó como uno de los más universales de Cuba por el puente que ha edificado entre África, América y Europa, realizó una colección de piezas que incluyó pinturas, esculturas, vitrales y un performance donde se vitalizan en imágenes la iconografía, el simbolismo y las leyendas que edifican la dualidad del mito.

Realmente la representatividad prevaleciente dentro de la creación de Mendive está asociada al orisha, a sus patakines y la ritualidad que conforman la adoración y el culto al dios. La palma y el príncipe negro de Changó, sus comidas, las que se ofrecen en sus tronos y sus almuerzos rituales, sus animales, los que se sacrifican en su nombre o cuidan a su favor, y su instrumento musical, esos tambores batá de los que es dueño y hace sonar con fuerza de trueno en sus festividades. Al ritmo del toque de sus cueros se canta y se baila *metá* y *wolenché*; pero también bajo el cuero y sobre la madera dura se ha esculpido al propio Changó y la Santa Bárbara bendita. De eso puede dar fe el artista-artesano Eduardo Córdoba con sus premiados tambores. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n187_12/187_10.html

No tengo la menor duda de que los hombres armamos la arboleda de todos nuestros contactos a nivel espiritual y material, en precisa imbricación de nuestras más caras necesidades existenciales. Desde ese territorio arrancan las preferencias o devociones religiosas. En Cuba, un país de intensa brevedad histórica, los sucesidos en ese sentido dan fe de mi parecer.

Los indios, primeros habitantes de la Isla, fueron en su mayoría barridos por los conquistadores españoles —muchos de ellos con dudosa conducta legal—, en nombre de una presumible asumida fe cristiana. Y con el paso del tiempo, sus empeños de explotación económica los inclinó a la búsqueda de mano de obra esclava en África. De allí llegaron por mar, en paupérrimas condiciones, cada vez más negros, guardando en su imaginación sus gentes, sus paisajes, sus dioses y sus sencillos instrumentos de vivir. Entre ellos llegó Changó, deidad del rayo, el fuego, la guerra, el baile y la belleza viril. Santo envuelto entre el rojo y el blanco, que estaba llamado a ser tenido como entidad cercana en la nación cubana, como una de nuestras más importantes piedras de toque.

Caminaron los años, que se volvieron siglos, y en ese mismo proceso que al final cuajó en una inequívoca identidad nacional cubana, aquellos negros venidos de su fuerte continente buscaron la forma de replantear la representación de sus ritos religiosos, de mirar

a sus dioses en los espejos de la fe cristiana que les imponían sus conquistadores. Así, sin fecha ni razón precisas, empezó a ver la luz el ahora muy nombrado sincretismo, en virtud del cual los africanos reconocían a sus dioses ancestrales en imágenes católicas traídas por los españoles.

De tal suerte adoraron a Changó ante la representación de Santa Bárbara. Ella, que hacía tanto tiempo había nacido en la ciudad turca de Bitinia, y que su padre antes de irse para la guerra la había encerrado en una torre, dotada de los mejores profesores paganos hasta que pudo acceder a la fe cristiana, por lo que fue severamente martirizada. Ella que no ha tenido casi nunca mucha ventura entre la jerarquía católica, al punto de que en 1969 desapareció del santoral romano.

Ahora podemos hacer muchas conjeturas de las causas de ese proceso sincrético, en virtud del cual para un cubano de ahora, cuando se dice Santa Bárbara o Changó, se entiende que hay una fibra esencial idéntica. Lo cierto es que para los creyentes Santa Bárbara-Changó, junto con la Virgen de la Caridad-Ochún y San Lázaro-Babalú Ayé, es una de las deidades de mayor arraigo. Fundamento religioso ante el cual, el ser común de la Isla, hace sus más apremiantes preguntas y espera concretar la mayoría de sus sueños.

Changó, según los que saben, como diría mi abuela, es valiente, mujeriego y cuida de sus hijos, sobre todo si le obedecen. En un ámbito general de la identidad cultural cubana la figura de Changó es, ya hace siglos, asumida como propia, porque la mayoría de estos santos de ascendencia africana se parece a nosotros mismos. No son perfectos y tienen los valores que son más caros a nuestro carácter. A tal punto que han sido testimoniados en nuestras músicas, danzas, obras plásticas y en la poesía. Y como es natural, en el habla popular de cualquier rincón cubano. Este santo tomado como símbolo de valentía, ha provocado frases clave de la descripción del comportamiento de la gente del país del pueblo, como aquel que dice: «Planté como Changó» o «Me dio Changó con conocimiento». Testimonios hay muchos más que no pueden dar la imagen definitiva de Cuba, sin tener en cuenta el acento perfilatorio de la cultura religiosa, que nos regalaron aquellos africanos traídos como esclavos a una Isla, en la cual siglos después iban a figurar entre los definitivos reyes de la cultura patria. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n187_12/187_15.html



Bladimir Zamora Céspedes
Cuba

Ilustraciones: Sarmiento



Energía. Eso me transmite la obra de Kcho. También él. Lo vengo pensando desde hace buen tiempo, cuando lo visitaba frecuentemente y siempre me sorprendía con alguna pieza nueva. Y muchas, muchas ideas. Así vi crecer en La Habana sus *Objetos peligrosos*, y hasta ayudé a clavar algunas púas de pez Aguja en uno de los botes de la serie, que nos recuerda los peligros del viaje, de la aventura, y también lo escabroso que resultan las relaciones humanas.

Sin duda, él continúa preocupado por el tema de la migración, igual que por el de la permanencia. Así llegó *Archipiélago*, en el 2003, obra con la cual nos recuerda a aquella famosa y polémica, *La Regata*, de hace unos cuantos años. Esta vez vuelve a la mar su flotilla, pero conformada por pequeños barcos en cuyas cubiertas se levantan casas e insólitas construcciones de la cotidianidad; embarcaciones que con su ubicación definen el contorno de un mapa de Cuba, archipiélago ubicado entre las penínsulas de Florida, Yucatán y la isla de La Española, que para Kcho van a tomar la forma de tres propelas. La casa se mueve, el terruño lo acompaña, siempre está con él, a pesar de las eventualidades de la navegación.

También tuve la suerte de asistir a algunos capítulos de la construcción de *Núcleos del tiempo*, en el 2004, la casa increíble que creciera dentro de otra casa, con largos remos como piernas, con muchos de lo recuerdos pineros del artista; aunque no pocos amigos y familiares, contribuyeron con aquella fiesta de la plástica. Así se erigieron, por encima de los dos metros: muebles, piezas de baño, espejos, efectos electrodomésticos...

Mucho ha llovido desde que el joven Alexis Leyva se me apareciera en Radio Caribe, la emisora de la Isla de la Juventud, en 1991, para conversar sobre su participación en la muestra Los hijos de Guillermo Tell (itinerante por Venezuela y Colombia). Fue una tarde difícil, porque Kcho no era nada radiofónico, aún no lo es, incluso cuando se pone «el cabezal de lujo», como dice cuando trata de hablar despacio.

Desde entonces, su discurso de lo efímero, ha ganado importantes espacios en el mundo de la plástica contemporánea. De lejos, quizás hoy más de cerca, lo he venido siguiendo durante todos estos años. Aplaudí sus primeros éxitos de la última década; me sorprendí en el 95 —no lo niego— con su Gran Premio de la Bienal de Kwang-Ju, de Corea del Sur, y con el Premio del Fondo de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) para la Promoción de las Artes. Kcho continuaba trabajando, no descansaba, y su nombre sonaba cada vez más en el mundo de la plástica. Así que la invitación en el 99 para trabajar en el reconocido Atelier Calder, en Francia, no fue noticia que conmocionara a los más entendidos.

Ahora, aprovechando la distancia del tiempo pasado, me atrevo a «kzar» a Kcho para que me hable de temas que van más allá de recuerdos mutuos, de sus constantes chistes, de los inevitables debates sobre política... para adentrarme en la vida interior del artista.

¿Quién es Kcho?

En estos tiempos que son para mí de autorreafirmación, de revisión de muchas cosas, te digo que soy y seguiré siendo el hijo de Martha. Eso es Kcho, nada más que eso. Me parió, pasó mucho trabajo para criarme, somos varios hermanos. Murió hace ocho años. Y siempre he tratado de luchar para que viera que su batalla, tanto esfuerzo, no fue en vano. Lo más importante de mi carrera, de todo lo que he hecho, es haber logrado poner en alto, honrar el nombre de mi madre.

La primera clase de dibujo que me cambió la vida me la dio mi mamá cuando tenía 13 años. Así que yo dibujo hoy gracias a esa clase. Aquel día le tuve miedo al acto de crear, pero me gustó. Mi mamá me cogió la mano, me hizo lo que yo quería dibujar, e inmediatamente lo rompió. Y me dijo: «ahora hazlo tú».

La influencia de mi familia ha sido total. Cada cosa que define mi trabajo tiene que ver con mi casa. Y es que en ella se respiraba arte. Para una de las cosas que me sirvió la escuela, fue para darme cuenta de que mi entorno familiar era único. La escuela me ayudó a mirar más a mi casa.

¿Por qué prefieres trabajar con materiales de desecho?

Me gusta trabajar con los materiales usados, por la energía concentrada que emana de ellos, tienen mucha luz. Yo no trabajo con desechos, sino con vida pasada; esto ha sido fundamental en mi obra. Los materiales tienen una historia anterior y mis piezas se concentran en esa energía, que además, le da participación al otro.

¿Por dónde comienzan tus obras?

Regularmente por el título. Ya tienen nombre antes de existir. Siempre la primera motivación es una idea. Puede ser una palabra o una oración. Todo parte de ahí.

Gran parte de tu trabajo lo conforman instalaciones, sin embargo, le dedicas mucho tiempo al dibujo. ¿Por qué?

El dibujo me gusta por su intensidad. Es como la poesía. Es el pensamiento, es la idea clara y precisa, sin tanto recorrido. Es la esencia.

Kzando

Kcho

Entrevista

¿Tienes lugares de preferencia para la creación?

Todos los lugares me sirven. Es una necesidad demasiado fuerte. Nunca he tenido un estudio en Cuba. Y eso fue un gran aprendizaje porque siempre estoy creando, y lo hago en cualquier lugar. En mi cabeza convierto un pequeño papel en estudio. Me adapté, puedo hacer una instalación para una sala de un museo con cientos de metros cuadrados en una servilleta. Todo en la cabeza cabe. En ese sentido, tal carencia me hizo fuerte.

¿Por qué las migraciones son una constante en tu obra?

En el mundo contemporáneo, los temas se han disuelto, y más bien lo que uno ve son problemáticas. La vida moderna, por ejemplo, la rodean fenómenos tan disímiles que no puedes clasificarla dentro de una temática única. Entonces, cada obra es un mundo diferente, es portadora, además, de una idea diferente.

El mundo está hecho de migraciones. Del sur al norte, sobre todo, la gente viaja tratando de mejorar sus condiciones de vida. Los grandes movimientos humanos son cada vez mayores. Y sean cuales sean las razones de los desplazamientos, siempre hay alguien cercano que es parte de eso. Por ejemplo, cualquier familia cubana tiene a alguno de sus miembros lejos o que se ha lanzado al mar, tratando de llegar a EE.UU. Eso lo tenemos cerca en la casa, en el barrio, en la escuela... es parte de la vida diaria. Y el cubano es muy familiar. Toda la felicidad

y la tristeza de su gente le son cercanas. Y esas personas que se separan no desaparecen. No pueden ser obviadas. Porque marcan la vida y también marcan la historia.

Me gusta tener la posibilidad de dedicarle un espacio a esa gente, a esa problemática tan universal. Es mi manera de aportar un poco de luz en algunas partes de esa historia que hay que respetar. Porque ninguna sociedad justa puede olvidar a alguien.

¿Y tocar ese tema, tan sensible para los cubanos, no te ha traído problemas?

Mi obra ha sido atacada por consideraciones horribles, superficiales, demasiado banales. Algunos la han aprovechado para hacer especulaciones políticas. Y la mayoría de estas opiniones —no puedo llamarle análisis ni reflexiones, porque no son serias— son de cubanos que no viven en nuestro país. Gente oscura, que enseguida te preguntan si eres cubano de aquí o de allá. No entienden que se es cubano de un solo lado. Con todo eso choco bastante cuando estoy fuera de la Isla.

Cuando hice *La Regata*, mucha gente me tildó de contrarrevolucionario, apátrida, antisocial... y yo, solamente había hecho una obra. No era más que eso. Nunca le he pedido permiso a nadie para crear. Por eso he hecho una pila de obras sobre las cuales la gente ha dicho que debo ser o gusano o agente de la Seguridad del Estado.

Sin embargo, la crítica y el público extranjero enfrentan mi trabajo con otros ojos. Y es que el tema de las migraciones, de los constantes flujos de personas buscando trabajo y formas de vivir mejor, es preocupación en todo el mundo.

Pero yo no me preocupo mucho por eso. Lo fundamental es que mi trabajo obligue a la gente a ver las cosas de otra manera, que sea capaz de provocarte. Y, sobre todo, que me provoque a mí, que sea capaz de impresionarme. No soy un depredador de la cultura de mi país. Soy parte de su vida. Siempre estaré para lo que haga falta. Cuando no suceda así, mi arte dejará de tener sentido.

¿El mar es otra de tus obsesiones?

Nunca he entendido por qué en Cuba, siendo una isla, el mar se ve como un peligro cuando debe ser algo tan cercano, tan querido. Es cierto que a la vez es hermoso y riesgoso. Pero todo lo que define a Cuba llegó por el mar. El descubrimiento, el Granma, la invasión de Girón... son muchas las cosas vinculadas a la historia de Cuba que están relacionadas con el mar. Hemos olvidado que esa es la puerta de nuestra casa. Entonces hay que cuidarlo y vigilarlo. Es la frontera invisible. Y lo único permanente en Cuba, es que siempre será una isla.

Para mí el mar es algo muy importante. También sé cuánto significa para todos los cubanos, las historias que hay en él. Intento con mi trabajo ayudar a pensar, a reflexionar sobre estos temas. Los artistas movemos ideas, esa es una gran responsabilidad. Por eso debemos saber bien hacia dónde mirar y cómo hacerlo.

Muchas de tus instalaciones, precisamente por estar realizadas con materiales viejos, pudieran correr el riesgo de destruirse. ¿No le temes a eso que llaman la imperdurabilidad de la obra?

Creo que las obras perduran por la idea. No soy Dios. No duraré mil años. Soy un ser humano, común y corriente, interesado en hacer las cosas lo mejor que pueda. Si existe verdaderamente un juicio final, preguntarán si fuiste buena persona, qué hiciste por tus semejantes en la vida, si aprovechaste tu talento. Lo más importante es el lugar que lograste ocupar en el corazón de la gente. El pueblo es quien te pone en el cielo o en el infierno.

¿Qué haces con tu tiempo libre?

Cuando no estoy creando, me dedico a enamorarme de todo. Consagro mucho tiempo a mis amigos, a la gente que quiero y que me quiere. Eso también es crear. Y crear es amar. También me encanta la pesca, el cine y la música, sobre todo el jazz.

Has logrado triunfar en un mundo muy competitivo y regido también por las leyes del mercado. ¿A qué se debe tanto éxito?

No escondo secretos: soy hijo de un pueblo exitoso. Este país es genial por sus hijos; no es de ahora, sino de siempre, y por eso ha sido protagonista de muchas cosas bellas. Todavía le quedan muchas por hacer, por ejemplo, Cuba está llena de bondad y eso es endémico de este país, porque la bondad anda perdida en este mundo. Todo eso no lo inventé yo, solo aprendí la lección. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n186_11/186_10.html

**Mario
Jorge
Muñoz
Cuba**

Ilustración: Nelson Ponce



Lo menos que podía imaginar en mi vida era que en las antípodas del lugar donde habito, en un estrecho cubículo en el que apenas caben tres personas, rodeado por los embalajes de un almacén dispuesto al pronto despacho de los pedidos minoristas, iba a recibir uno de los mejores regalos de la música contemporánea de mi país: el disco *Cool cool filin*, una producción concebida artísticamente por el muy talentoso pianista, compositor y arreglista Roberto Julio Carcassés.

Sucedió en uno de los arrabales de Tokio, en el comienzo de la temporada invernal 2004-2005. Una hora de viaje desde el centro de la capital nipona me condujo a Ogikubo y de ahí a una pintoresca calle en cuyo final, en un edificio de juguetería, aparece el crédito Ahora Corporation, el nombre de la empresa discográfica que con mayor orientación lleva adelante los negocios de las nuevas músicas latinas en Japón.

Pues bien, en el catálogo de Ahora Corporation figura como novedad el disco *Cool cool filin*, en el que se pueden hallar varias sorpresas. La primera, y que sustenta el resto, pasa por la manera en que la nueva generación de músicos cubanos asume y recicla el legado del filin desde una perspectiva jazzística que no excluye los intercambios y mestizajes con otras zonas de la cultura musical contemporánea como el hip hop.

No se trata de una ensalada ecléctica, sino de una proyección bien pensada y visceralmente entronizada. Los saberes musicales de estos jóvenes se hallan a salvo de la improvisación. Se hace ostensible una comprensión muy exacta de lo que representa subrayar el maridaje entre la trova intermedia cubana y el jazz, incluso en sus enlaces menos obvios, y de puntualizar diversas vías para la actualización de ese legado.

A partir de ese concepto se fue armando el disco. Por una parte, el reconocimiento de los clásicos del filin: José Antonio Méndez, César Portillo de la Luz y Marta Valdés, y el rescate de obras como «Si me pudieras querer», de Ignacio Villa (Bola de Nieve), y «Cuando pasas tú», de Ela O' Farrill, insertadas en la corriente filinera. De otra, la prolongación de ese tipo de expresión en las trovas sucesivas —los casos de Marta Campos y Descemer Bueno— y la más pura recreación de tal espíritu en las composiciones del propio Roberto Julio, en las que colaboran Telmary Díaz y Julio Padrón.

En el plano interpretativo, la producción se mueve en el entorno de la intimidad, como si se reprodujera la atmósfera privilegiada de los clubes habaneros de la medianía del siglo pasado, verbigracia El Gato Tuerto, Imágenes, El Coctel, Sherezada.

Voces que expresan sus sentimientos mediante una cultura de estilo que ha asimilado tanto las maneras de una Elena Burke, una Omara Portuondo, una Moraima Secada, una Doris de la Torre, una Miriam Acevedo como la dicción jazzística de una Billie Holiday o una Sara Vaughn, hay afortunadamente en nuestro medio. Aquí se les abre espacio para el virtuosismo y la emoción de Haydée Milánés y Gema Corredera, aunque también la propia Marta Campos, en sus canciones, nos demuestra su madurez como trovadora.

Pero, sin lugar a dudas, lo que más llama la atención es la ventisca renovadora que nos golpea (o más bien, nos acaricia), en temas como «Libre» y «Conquistándote». El toque hip hop que imprime desde el susurro Telmary se entretiene con una base rítmica de altura y el panismo imaginativo de Carcassés.

A *Cool cool filin* le hace falta volar, salir de Ogikubo, darse a conocer más allá del mercado japonés. Escucharse en el ámbito iberoamericano. Sin temor alguno puede decirse que es una de las producciones más reveladoras de los nuevos tiempos en el jazz cubano. O lo que es lo mismo, en nuestro *postfilin*. ■

Pedro de la Hoz
Cuba

Sin temor alguno puede decirse que *Cool Cool filin* es una de las producciones más reveladoras de los nuevos tiempos en el jazz cubano. O lo que es lo mismo, en nuestro *postfilin*.

**postfilin,
la nueva
generación**



Los intelectuales, el entusiasmo y la Revolución cubana

Viene de la página primera

En tal momento se ha dicho, por ejemplo: «Hasta aquí hemos llegado» situándose en el lado de un humanismo un tanto abstracto (sobre esto podíamos discutir), mientras otros intelectuales y artistas, entre los que modestamente me encuentro, han redoblado, en tan grave trance, y por cierto, sin apostar ni un céntimo a favor de la pena de muerte, su lealtad sobre todo a los grandes principios, pero también a las grandes realidades de la Revolución cubana, en el contexto del implacable cerco al que ella está sometida desde sus orígenes. Entonces se ha producido el último desencuentro y las últimas reafirmaciones y lealtades.

En enero de 1968, se había celebrado en Cuba el llamado Congreso Cultural de La Habana, en el que pulularon muchos enamorados de aquella Revolución y, desde luego, de los métodos armados para conseguir los objetivos revolucionarios. Entre aquellos colegas había una gran parte partidaria y ferviente de la guerrilla en cualquier condición y circunstancia, y que casi tildaba de contrarrevolucionarios a quienes pensábamos que la guerrilla era una opción, y que también comportaba asumir la legitimidad de que, en el campo de los proyectos revolucionarios, los escritores literarios se dedicaran a la literatura y los médicos a la medicina y los maestros a la enseñanza de las nuevas generaciones. Pero en mayo del 68 el fervor hacía, por ejemplo, que el gran actor Jean Louis Barrault pudiera exclamar en una asamblea, en el teatro Odeon, «¡Barrault ha muerto!» o que Jean Paul Sartre declarara su propósito de dejar de escribir, se supone que en honor a aquella revuelta de mayo, una gran obra que ya estaba haciendo sobre Mallarmé. Para muchos escritores revolucionarios se trataría sencillamente de arrojar lejos de nosotros nuestra pluma y sustituirla por una metralleta. Cierta intelectual, que luego se arrepintió más de la cuenta, Régis Debray, ocupó un gran espacio con un librito que se editó en Cuba bajo el título de *¿Revolución en la revolución?*, en el que invitaba a que grupitos armados se tiraran al monte con la idea de que tales acciones armadas cristalizarían, sin duda, en grandes procesos revolucionarios a imagen y semejanza de lo que había ocurrido en Cuba. Mucha gente creyó en este espejismo y no pocos errores e infortunios se produjeron al respecto mientras el tal Régis Debray que había acompañado a Ernesto Che Guevara en la guerrilla, se pasaba al «socialismo democrático» francés en términos de la mayor moderación y prudencia pacifista, mientras que en las cárceles o en la tierra mortal, se pudrían guerrilleros que se habían lanzado al monte con su pequeño libro en el bolsillo, y otros líderes de la guerrilla abrazaban la causa de la democracia burguesa, decididamente arrepentidos de su aventura; y algunos pasándose decididamente al enemigo en el marco de parlamentos corrompidos. Rememoro todo esto como una gran catástrofe, en la que ciertos intelectuales izquierdistas (en el sentido de Lenin) desempeñaron un cierto papel confusionista, desde el radicalismo en el mal sentido, al arrepentimiento. Aquí se trató una vez más de la responsabilidad de los intelectuales; y hay que decir que, en este caso, a Debray hay que reconocerle su buena fe avalada por los riesgos que corrió y que lo liberaban de la imagen, tan frecuente, de los capitanes Araña, propia de los héroes de papel o de los Tartarines de Tarascón.

Sobre el tema de la pluma y la metralleta, hay que recordar un momento en el que algunos

ideólogos de la Revolución cubana —generalmente no cubanos— propiciaban la idea de que la pluma fuera sustituida por una metralleta, aportando una declaración de Ernesto Guevara que, al parecer, había respondido a un intelectual que le había preguntado qué podía hacer él, un intelectual, por la Revolución: «Yo era médico». ¡Lo que evidentemente no quería decir que la Revolución pudiera prescindir de los médicos! La réplica a esta idea —la de que la Revolución es una cuestión de tiros y nada más— me la dieron a mí unos diplomáticos vietnamitas que me explicaron en Estocolmo que en su lucha patriótica y revolucionaria los maestros se dedicaban, bajo los bombardeos, a enseñar a leer a los niños, y que eso era lo mejor que se podía esperar de ellos —y lo que ellos podían aportar de mejor— en aquella heroica guerra. Era verdad.

(Se puede consultar el trabajo que escribí para La Habana sobre la pluma y la metralleta en mi libro *¿Dónde estoy yo?*).

Algunos artistas o poetas —digámoslo así— sentimos un gran entusiasmo en los comienzos de la Revolución cubana, un entusiasmo que compartimos con la admiración al pueblo de Viet Nam y a sus dirigentes, en su lucha contra el imperialismo norteamericano, y nunca hemos desistido de aquel entusiasmo, que en el caso de Cuba se refuerza cada día que pasa. Pero veamos esto del entusiasmo: El entusiasmo, ¿no es un achaque antiintelectual, es decir, algo impropio de unas personas razonables? ¿Un asalto a la razón? ¿Algo impropio de seres pensantes? ¿En lugar de pensar —que tendría que ser lo nuestro— nos entusiasmos? ¿Es serio eso? Si acudimos al filósofo Kant, de quien soy un admirador, encontramos que para él el entusiasmo es, más o menos, una especie de enfermedad de la razón. ¿Estoy gravemente enfermo en torno a esta cuestión? Pienso que tal es mi entusiasmo que lo más seguro es que esté loco de atar a este respecto. ¿O no? Desde luego, yo soy

partidario del entusiasmo en mi vida profesional y, por ejemplo, para aceptar que un director de escena se ocupe de un drama mío, yo solo pongo dos condiciones, por muy desconocido que el candidato a este trabajo sea: 1, que sepa algo del oficio; 2, que sienta entusiasmo por el drama en cuestión; y lo rechazo, por conocido y experto que sea, si no siente este entusiasmo, para mí, tan necesario, es decir, si no siente una cierta locura por lo que yo he escrito.

Otros colegas y yo sentimos gran entusiasmo por la Revolución cubana desde sus comienzos. Muchas veces lo he contado, que José María Moreno Galván —un excelente crítico de arte— me reveló que a partir de entonces Cuba había de ser «nuestra Madre Patria»; y también recuerdo la alegría del poeta Gabriel Celaya cuando, al andar por La Habana, vimos a unos policías de servicio y él me dijo con enorme alegría: ¿Te das cuenta, Alfonso, de que estos policías «son nuestros»? Ahora recuerdo una manifestación pública que me produjo una gran emoción, y que alimentó —entre otras muchas experiencias— aquel entusiasmo mío. Era ante la Universidad de La Habana, donde se habían producido muchas veces choques entre los estudiantes y la policía de Batista. Desde una calle desembocaba ante la fachada de la Universidad una manifestación de estudiantes. Desde otra calle irrumpían unas unidades policíacas. El encuentro se producía en la fachada de la Universidad, ante la cual estudiantes y policías se intercambiaban flores y banderas. Y yo sentía entusiasmo al observar hechos como aquellos.

Pero veamos aún esto del entusiasmo, y yo vuelvo a preguntarme al respecto si es propio de una persona razonable —y de un intelectual se supone que lo sea— sentir entusiasmo. Citaba antes a Kant a propósito de si se puede sentir legítimamente entusiasmo en general y particularmente por revoluciones como la francesa o la cubana. ¿Es ciertamente el entusiasmo una

enfermedad de la razón? Enseguida veo que hay que distinguir, con Kant (en *Lo bello y lo sublime*, 1764, o sea, una obrita primeriza), entre entusiasmo y fanatismo, en el sentido de que: «El fanatismo (una especie de «tumulto de la exaltación») es una especie de temeridad piadosa», mientras que el entusiasmo significa, sí, un cierto exceso, «en el que el espíritu se halla encendido (...). En definitiva, reseñaré brevemente las razones por las que yo creo justificado —o sea, razonable— mi imperturbable entusiasmo por esta Revolución, y mi propuesta de que los intelectuales y los artistas se agrupen firme y activamente en su defensa dentro de nuestros respectivos campos y también fuera de ellos, ante el también permanente acoso del imperio.

Resumamos, en fin, en dos palabras, algunas ideas de la filosofía en nuestro apoyo y cobertura. En 1798, Kant publicó su opúsculo bajo el título de *Si el género humano se halla en progreso constante hacia mejor*, y escribió sobre la Revolución francesa —pensemos nosotros, mientras leemos este pasaje, en la Revolución cubana— que «esta revolución (...) encuentra en el ánimo de todos los espectadores (...) una 'participación' de su deseo, 'rayana en el entusiasmo', cuya manifestación (...) no puede reconocer otra causa 'que una disposición moral del género humano'». Enseguida, afirma el filósofo, precisamente sobre el entusiasmo (Jean Francois Lyotard publicó un libro muy interesante justamente bajo este título, *El entusiasmo*, y sobre este tema), que «aunque como tal afecto en cuanto tal merece reproche y, por lo tanto, no puede ser aprobado por completo; ofrece, sin embargo, (...) la siguiente observación importante para la antropología: Que el verdadero entusiasmo hace siempre referencia a lo ideal, a lo moral puro, esto es, al concepto del derecho, y no puede ser hinchado por el egoísmo».

Y ahora, en fin, razonemos en pocas palabras nuestro entusiasmo. Porque, a fin de cuentas, ¿qué ha pasado y que está pasando en Cuba? (O, como se decía en el siglo XIX de la Constitución liberal, ¿qué pasa en Cádiz?). Y lo que está pasando es lo que empezó a pasar en 1956 con el desembarco del Granma en la Isla de Cuba, y no otra cosa. Eso que pasó y está pasando es lo siguiente: Un asalto al imperialismo norteamericano a dos pasos de sus grandes baterías bélicas y económicas, y aquí es preciso reseñar los grandes momentos de esta gran hazaña hoy mantenida por el coraje de los cubanos frente a todos los asedios e ignominias que ha sufrido y sigue sufriendo este proceso.

En 1959: nacimiento, que pareció milagroso, de una República sobre los vestigios de la seudorrepública nacida de la guerra con España y secuestrada por los EE.UU. de Norteamérica.

Años siguientes: proceso socialista y construcción progresiva de una democracia de participación popular, hoy verificable en el reciente libro de Ricardo Alarcón, *Cuba y su lucha por la democracia*.

Años 90: Período Especial. Hazaña tan o más importante que el triunfo del año 1959. (Puede consultarse mi artículo «Si Cuba cae», en el libro citado).

Durante mi último viaje tuve una imagen que creo verdadera, de que Cuba está en el horizonte de lo que han de ser los nuevos combates contra el imperialismo, y en el marco de una resistencia diversificada, con Venezuela, Iraq, Palestina y otros puntos, contra el neoliberalismo y el imperio de la globalización imperialista. No es solo, pues, un entusiasmo puro. Es la razón también o mejor, sobre todo, la razón lo que nos acompaña en estas luchas y lo que nos enfrenta también a escritores miserables (intelectuales de cuatro cuartos) como el checo Vaclav Havel, protagonista reciente de actividades infames contra Cuba. ▀

*Hasta el final de sus días, Cortázar mantuvo su amistad con la Revolución cubana.

Texto leído en Cádiz durante el evento Jornada sobre cultura y libertad en Cuba, octubre de 2004.

http://www.lajiribilla.cu/2004/n189_12/189_23.html

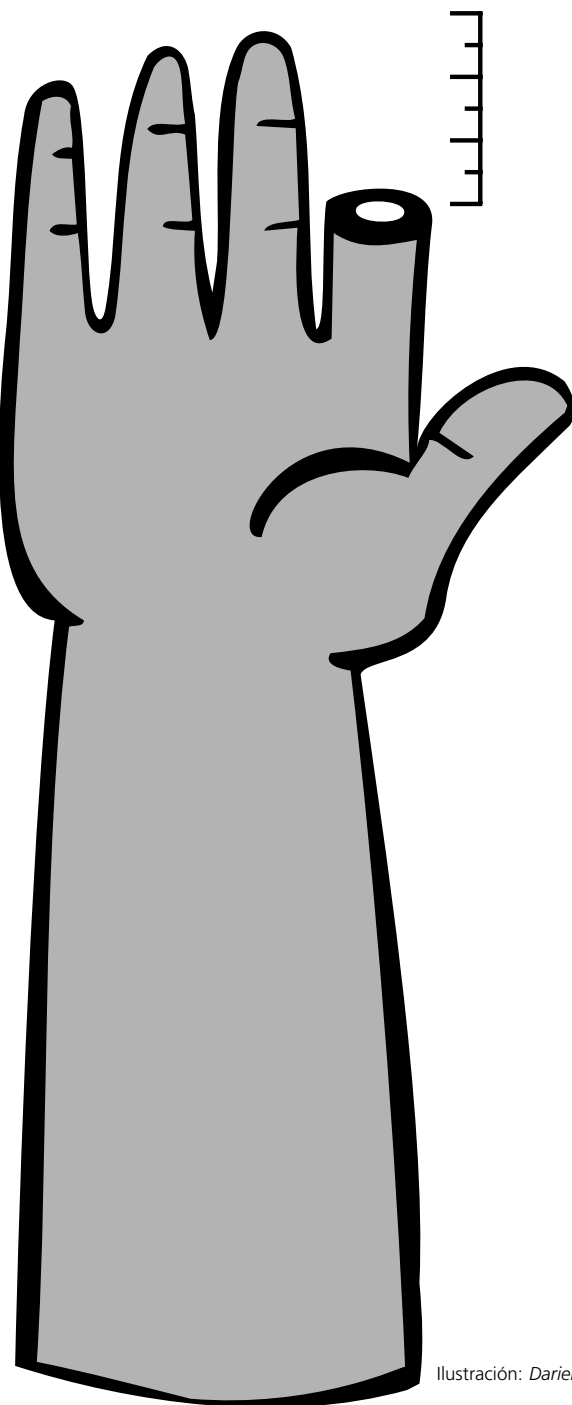


Ilustración: Darien

El movimiento internacional En defensa de la humanidad, fundado en México, en octubre de 2003, y continuado en Oviedo, en abril de 2004, logró reunir este diciembre en Caracas a una verdadera multitud de escritores, artistas, científicos, comunicadores y activistas sociales, quienes rechazaron la barbarie reinante y proclamaron unánimemente que «otro mundo no es solo posible, sino imprescindible»¹.

Por supuesto, en el gelatinoso clima espiritual (y moral) de la postguerra fría, del postcomunismo, de la posthistoria, algo tan extravagante como un «movimiento de intelectuales» suena pasado de moda, decididamente antiguo, antiquísimo, y hasta de mal gusto. Y es que en el «gran proyecto» nada de eso tiene sentido. Todos los mecanismos que utiliza el sistema para reprimir o absorber la herejía, todos los circuitos culturales de legitimación, exclusión, premio y castigo funcionan armónicamente con una eficacia extraordinaria para promover (y pagar) la integración-entusiasta o la integración-cínica. Así, aquel que pretenda pensar por cuenta propia y elaborar y difundir de algún modo mensajes «disidentes» o «alternativos», tendrá que empezar sacudiéndose toda esa materia viscosa y, con ella, el discurso que nos llega por todas las vías imaginables para reiterarnos que todo esfuerzo por cambiar el actual orden de cosas es inútil y pertenece de modo definitivo al pasado, y que cualquiera que escoja ese sombrío camino para fracasados está destinado a la soledad o (en el mejor de los casos) al confinamiento en exóticos guetos.

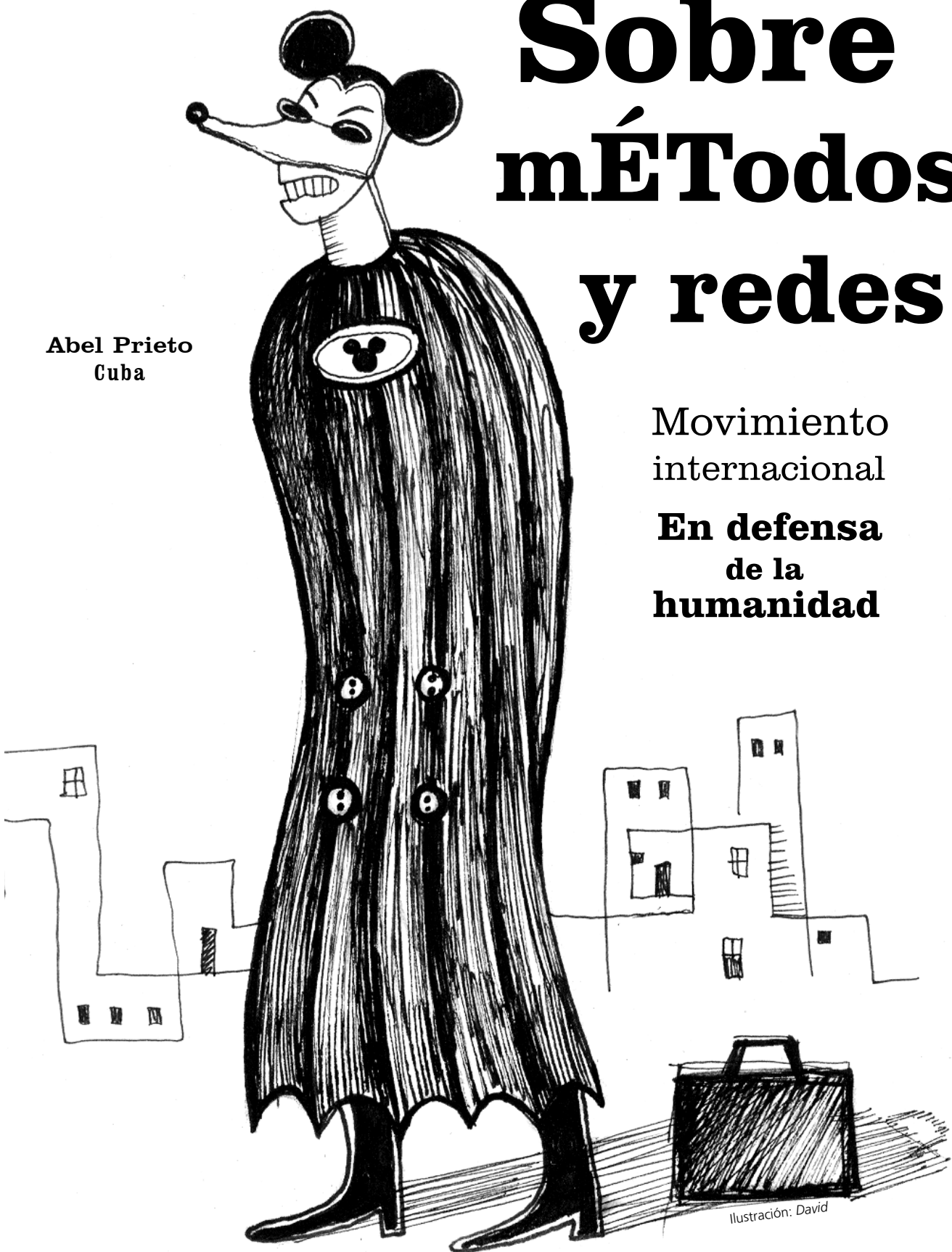
Caracas vino a demostrarnos, una vez más, que no estamos solos, no somos un gueto ni representamos algo viejo y superado. Todo lo contrario: resulta obvio que, en la misma medida en que crecen el horror y las maniobras mediáticas para justificarlo, ha ido creciendo y ganando influencia el pensamiento de repudio y denuncia, que es también, aunque aún de modo insuficiente, de propuesta. Y si la especie tiene todavía alguna posibilidad de salvación, ese futuro tiene que ver, en gran medida, con lo que están pensando y haciendo quienes se han vinculado a En defensa de la humanidad. Caracas nos recordó, además, que la construcción de ese movimiento, de esa red de redes, es y será una tarea muy difícil y trabajosa. No se debe subestimar la carga que significan tantas divisiones y rupturas amarguísimas que ha habido en el seno de la izquierda, tantas heridas no cicatrizadas, tantos fantasmas de otros tiempos que nos siguen acompañando, sectarios, dogmáticos, excluyentes. Sin embargo, también vimos y vivimos allí una estimulante urgencia por hacer, por actuar, y en medio de recelos y contradicciones (unas fecundas y otras no tanto), se nos reveló que son muchas las coincidencias y muchos los principios e ideas que nos permiten unirnos y actuar coordinadamente frente a la mayor y más terrible maquinaria de explotación, destrucción, genocidio y manipulación que recuerde la historia. Seamos justos: Bush y su camarilla han hecho importantísimas contribuciones a nuestra unidad.

Leí una vez que Marguerite Yourcenar consideraba a su padre el mejor conversador imaginable por su rara habilidad para avanzar en el diálogo dejando pendientes («a los lados», creo que dijo) los temas que suscitaban discrepancias y concentrándose en aquellos donde había consenso, y solo volvía sobre los puntos polémicos cuando había cristalizado un espacio de confluencias entre él y su interlocutor. No sé si llamarle «método» a esto que describe la Yourcenar; pero es obvio que algo así nos haría falta para esta delicada labor de tejido que debemos hacer. (A propósito de esto, un amigo me decía, con razón, que Martí empleó un método similar para unir voluntades en la preparación de una guerra revolucionaria, concebida con el doble propósito de vencer el colonialismo español y hacer frente al expansionismo del entonces joven imperialismo yanqui.)

Por otra parte, ¿cómo evitar que todos estos encuentros (México, Oviedo, Caracas) y los que se hagan en el futuro queden como chispazos aislados? ¿Cómo dar impulso y seguimiento a las muchas acciones concretas que se propusieron? ¿Cómo articular las iniciativas de los capítulos o núcleos que en distintos países se han creado y los que sin duda se crearán? ¿Cómo consolidar este movimiento naciente, esta red de redes, de tanta trascendencia? A mi juicio, el «grupo de enlace» u «oficina coordinadora» que se organizara en Caracas podría contribuir a dar (a darnos) algunas respuestas.

Ante una superpotencia imperial sin contrapeso alguno, absolutamente desenfrenada y en su momento de mayor ferocidad, y ante fuerzas reaccionarias de tanta y tan implacable coherencia, debemos emplearnos a fondo en la conformación de la red, en garantizar su continuidad y ampliación y en utilizar todos los medios a nuestro alcance para la difusión de la verdad y de las ideas que defendemos. Resulta imprescindible, a mi modo de ver, que, inspirándonos en el método descrito por la Yourcenar o en algún otro que pueda ayudarnos (¿el de Martí?), y sin comprometer jamás la pluralidad de este movimiento ni renunciar a la

Abel Prieto
Cuba



Sobre mÉTodos y redes

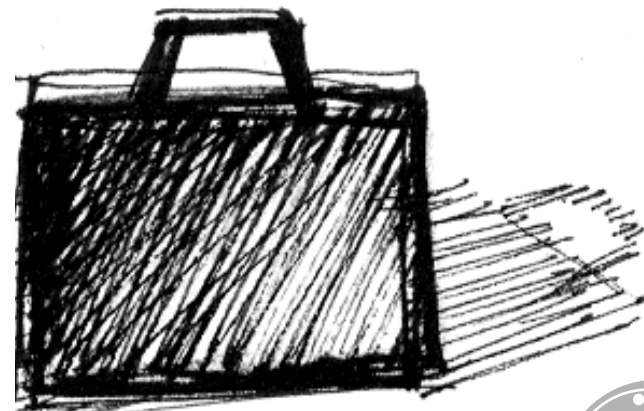
Movimiento
internacional
**En defensa
de la
humanidad**

Caracas vino a demostrarnos, una vez más, que no estamos solos, no somos un gueto ni representamos algo viejo y superado. Todo lo contrario: resulta obvio que, en la misma medida en que crecen el horror y las maniobras mediáticas para justificarlo, ha ido creciendo y ganando influencia el pensamiento de repudio y denuncia, que es también, aunque aún de modo insuficiente, de propuesta.

necesaria polémica, trabajemos por identificar nuestras coincidencias y por hacer y rehacer continuamente y sin descanso la plataforma común indispensable para la resistencia.

Pablo González Casanova insistió, durante la inauguración del acto, en que no debemos pensar en términos retóricos, sino «de efectividad»: «Estamos seguros (dijo) que desde aquí, desde la América bolivariana, podemos construir las bases iniciales de una red de redes, de organizaciones y de otras redes menores, que abarquen todos los continentes y todas las civilizaciones, y que desde ellos construya la defensa de la vida (...) Estamos seguros de que este encuentro jugará un papel muy importante en la nueva definición de una humanidad organizada, libre, justa y victoriosa. Convenceremos y venceremos.» ▀

1. Llamamiento de Caracas*
Ministro de Cultura de Cuba



el Quijote devaluado

Stefanía Mosca
Venezuela

Buena locura la que tiene mi amigo, el funcionario. Apto, de ser apto, él es muy apto. De buen vestir e informado al ras de todo cuanto él considera importante, y en especial, de interés de su Señor Presidente, a quien supuestamente se entrega con fervor. Pero, ¿qué busca mi estimado amigo, el funcionario? Pues poder, y quedar registrado sin tacha, en los anales de la historia —que según me temo nadie consulta por voluminosos e inverosímiles. Sin embargo, mi amigo, el funcionario y su asistente elaboran continuamente arduas estrategias de ascenso político. Ese cargo quedará vacante y no cabe duda que Chávez contará con él. Para eso elabora minuciosos informes y mantiene al día su aparición pública. Mi amigo, el funcionario, no se detiene en las amarguras del destino que una, y otra vez, le demuestra que no es hermosa su Dulcinea ni monstruos los molinos de viento. El destino parece ser la única cuesta que el funcionario, mi amigo, remonta incesantemente y con ingenua esperanza. No repara, claro está, en los valores personales, que parece haber olvidado, a punta de tener los valores requeridos, y en lo que respecta al pensamiento, se basa en los memos y las comunicaciones y los documentos que subalternos redactan para él con sumisión encomiable.

Era alta su locura y extraña su veneración a los papeles oficiales. Dependía de los celulares, de a tres en su bolsillo, con fruición, pues lo alejaban verdaderamente de la pobreza de espíritu que, día a día, y bajo las recomendaciones siempre audaces de su asistente, iba labrando en él esa ansia de ser quien no era. Solía pensar que el arte era una forma determinada de eficiencia que podía emular en sus discursos. No entendía que existir requiere de otro tipo de preguntas y no de aquellas que llenaban sus días, sus horas y sus minutos... ¿Será que hoy el Presidente me nombre gobernador, candidato, embajador, ministro o Vicepresidente? ¿Será que hoy, cuando yo dije que ganaríamos el referéndum, sea innegable la decisión del Despacho de Miraflores en torno a mi designación en los círculos más estrechos del poder? ¿Será hoy, cuando ya es mañana, que pueda ser, gracias al Presidente, quien no he podido ser gracias a mí mismo?

Mi amigo, el buen funcionario, sin querer, no hace sino practicar la vieja política. La política del no te preocupes que yo te arreglo eso. Su asistente trata en vano de subsanar su locura, pero también, sin querer, termina labrando los oropes de su *Insula de Barataria*, y le asegura que Bush perderá las elecciones, que el Imperio no tiene vida y que no hay mejor música que la llanera. Cree conocer a todos los enemigos del Presidente y que él y su patrón los descabezarán por completo. Atiende a los pequeños orgullos que lo adornan, no como fruto de las circunstancias, que como sabía Ortega y Gasset, suelen definirlo todo, sino como fruto de su inspirada voluntad. Pero, ¿quién era realmente mi amigo, el buen funcionario? ¿Un promotor de los cambios o la máquina perversa que hace aparecer que todo cambia para que todo siga siendo lo mismo?

Mi amigo, el buen funcionario, y su asistente claman por un gran evento con Chávez, quieren hacerle entender que solo ellos y nadie más harán la revolución. El buen funcionario se destaca en la alta política y en las altas esferas del compromiso. No necesita marcos teóricos: sus conocimientos se ciñen a la retórica presidencial que emula con fidelidad canina. Mi amigo, el buen funcionario, no sabe que hoy, justamente, él y su asistente tienen la puerta abierta hacia el pasado, hacia el olvido, pues, aunque él y su asistente no lo estimen, los venezolanos queremos ser otros y ya lo somos. Bien que lo estamos demostrando. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n190_12/190_28.html

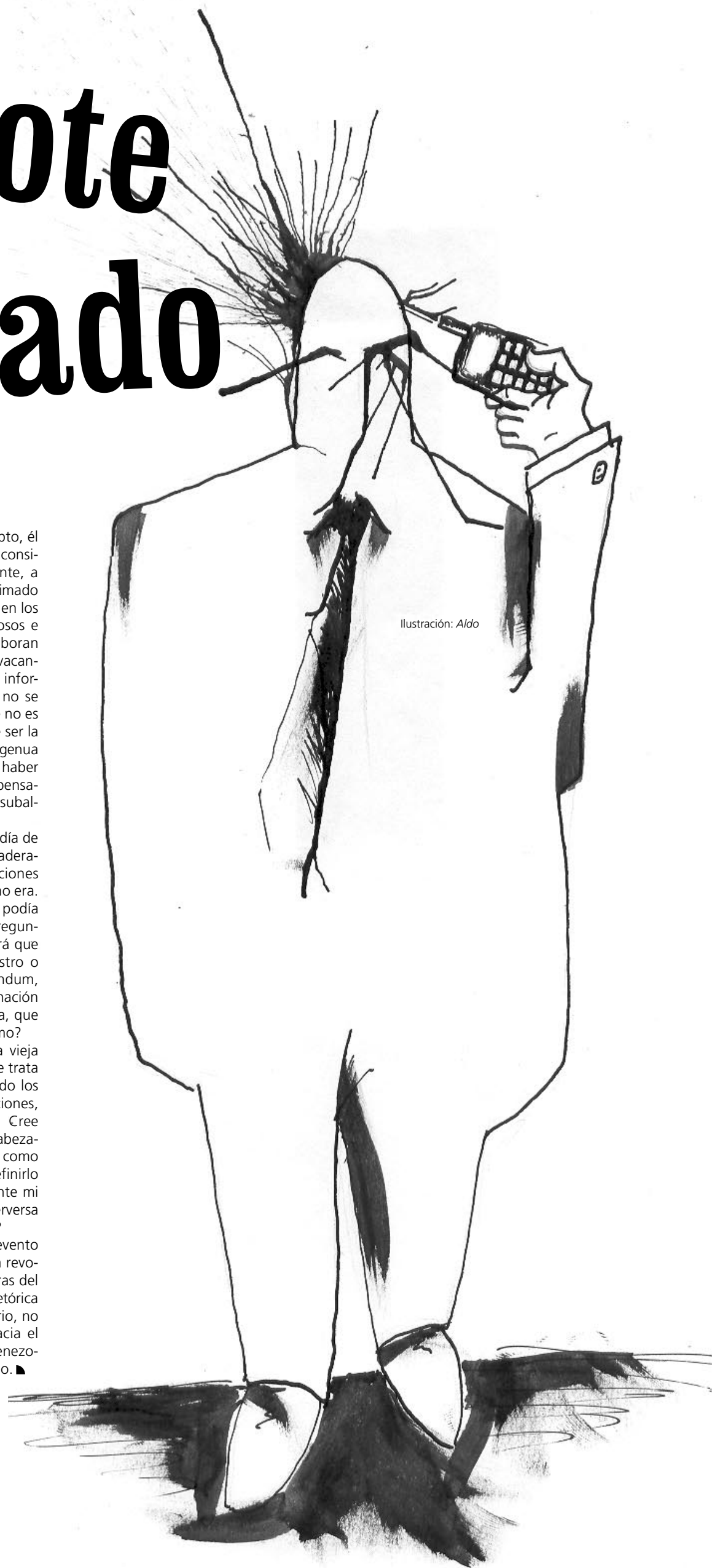


Ilustración: Aldo

H

oracio Labastida fue mi profesor en 1961. Él era del PRI entonces, pero era un priísta fuera de lo común: a sus alumnos nos regalaba el *Manual de Marxismo Leninismo* de la Academia de Ciencias de la URSS.

En aquellos años todavía no era crítico de la Unión Soviética. Según mi percepción, estaba influido por el pensamiento de Vicente Lombardo Toledano, pero acepto que pude equivocarme. Fue muy amigo de Rodolfo González Guevara (nacieron el mismo año) y colaboró con él en altos cargos del PRI, cuando el nacionalismo revolucionario no era atacado todavía por la tecnocracia que después se apoderaría del partido. Al igual que González Guevara, quien era otro político bueno, Horacio renunció a su partido, creo que en los tiempos de Miguel de la Madrid en la Presidencia del país. Tanto Horacio como Rodolfo fueron derrotados por el oportunismo y la ausencia de principios en su partido, del cual se sentían orgullosos entre los años 50 y principios de los 80 del siglo pasado. Horacio y yo nos hicimos amigos a finales de los años 70. Él fue quien me presentó con Jesús Reyes Heróles, otro gran priísta, en una exquisita comida en su casa, en la que también estuvieron Enrique González Pedrero (entonces secretario general del PRI) y varios profesores todavía jóvenes en esos años. Coincidimos en muchas mesas redondas y compartíamos puntos comunes. Dejamos de hablarnos de usted en 1998, cuando presentamos el libro póstumo de un amigo común, quien también fue mi profesor: Francisco López Cámara. El libro se titula *¿Vive aún el joven Marx? Introducción a la sociología dialéctica*. Paco era otro priísta peculiar, formado también en el marxismo y, por lo mismo, uno de los derrotados también, en su partido, por la tecnocracia neoliberal. Cada año

nos veíamos en la comida que le organizaba Eduardo Guerrero del Castillo a Pablo González Casanova. A esas comidas iban Horacio, Enrique González Casanova, Víctor Flores Olea, Fernando Holguín, Elena Jeanetti, Augusto Gómez Villanueva y algunos más, todos amigos de varias décadas. Cuando en 1996 el Subcomandante Marcos me pidió que invitara a grandes intelectuales para asesorar a los zapatistas en la Mesa sobre Democracia y Justicia invité entre los primeros a Horacio. Y aceptó sin titubear, aunque me dijo que por su edad no podría asistir, pero sí escribir. En otro momento escribió un artículo en *La Jornada* en el que reivindicaba el pensamiento de Trotski. Recuerdo que le hablé para felicitarlo por su artículo y en broma le dije que ahora sí ya estaba en la línea política correcta. La última vez que nos vimos fue en un acto solemne en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de donde fue profesor por varias décadas. Curiosamente, esa vez nos sentamos juntos Gastón García Cantú —otro querido amigo que ya falleció—, Horacio y yo. Y digo curiosamente, pues los tres habíamos nacido en Puebla, aunque ellos sí vivieron en esa ciudad y yo no (mis padres me llevaron al norte del país cuando yo contaba apenas con nueve meses de nacido). Mi generación, ya no tan joven, está perdiendo a sus maestros, y nos están dejando una enorme responsabilidad con la que quizá no podamos, pues nuestros tiempos son más difíciles que los de ellos. Pero por fortuna, todavía nos quedan grandes maestros, y de ellos seguiremos aprendiendo para tratar de emularlos.

Adiós, Horacio, y muchas gracias por tu fructífera existencia. Te fuiste con la pluma en la mano. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n190_12/190_27.html

Octavio Rodríguez Araujo
México

ALFARO ARRA CITIO LABASTIDA



Adolescente infiltra el sitio de la CIA

España (ANSA)

La CIA, Agencia Central de Inteligencia estadounidense, sufrió un nuevo golpe tras conocerse que un *hacker* español de 17 años logró infiltrarse en su servidor y creó un correo propio en el que recibió correspondencia interna destinada a agentes norteamericanos, dijeron fuentes policiales.

El pirata informático confesó haber burlado las medidas de seguridad de la CIA tras ser detenido el martes, con un amigo, en Granada, sur de España.

En su declaración ante la policía, el joven se jactó de sus «logros» como *hacker* y dijo que entró al servidor de la CIA.

Una vez logrado su cometido, el joven contó a la policía que creó una cuenta de correo propia y en ella recibió en varias ocasiones correspondencia destinada a agentes de los servicios de Seguridad o personas vinculadas con el organismo.

El joven y su cómplice, también de 17 años, fueron detenidos el martes en las localidades de Motril y Almuñecar, en Granada, acusados de estafa a través de Internet con tarjetas de crédito.

La mayor sorpresa que se llevaron los investigadores fue cuando uno de los dos *hackers* se jactó de sus numerosos logros, incluso de violar el sitio de la CIA.

El hecho se conoció un día después de que el presidente de EE.UU., George W. Bush, firmó la ley que reforma los servicios de Inteligencia norteamericanos, más amplia desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n190_12/elgranzoo.html



George W. Bush El Nuevo Herald

Cuando digo algo es generalmente lo que creo.

N. del E.
Confesiones de un mentiroso...

http://www.lajiribilla.cu/2004/n190_12/pueblomocho.html

EMILIO ICHIKAWA El Herald

EE. UU. es el futuro de muchos presentes.

N. del E.
Palabra de Dios...

http://www.lajiribilla.cu/2004/n189_12/pueblomocho.html



Lisandro Otero
Cuba

MI CABEZA
ES UN FLUJO
DE MALOS
PENSAMIENTOS

Ilustraciones: Idania

opinión independiente y asfixia monopólica

La relación entre la palabra y el poder, entre los signos semánticos y las esferas ejecutivas, es uno de los fenómenos que ha definido a nuestra época. Construir la opinión pública es una función del periodismo y solamente puede ejercerse cuando existe un fuerte vínculo entre quienes piensan y quienes actúan, cuando el emisor de opinión establece una conexión eficaz con las bases populares. Los periodistas nos consideramos depositarios de una parte del dinamismo social, de los resortes que actúan como impulsores de la comunidad. Debemos analizar, diagnosticar, exponer y de igual manera, supeditar nuestro oficio a un cometido moral con una dimensión más elevada a la simple tarea de informar y opinar. El periodista, como ente sensible que descifra su tiempo, es un intelectual y como tal es un sucesor de los viejos sacerdotes que ordenaban la vida para el hombre común y le proporcionaban un sentido a su existencia.

En la medida que las tecnologías se desarrollan vemos que el universo informático se adelgaza en profundidad. Los noticieros televisivos ganan en adeptos y crecen en la atención pública, pero a la vez, adelgazan la intensidad de la penetración. Todo el texto difundido en un noticiero de televisión de media hora de duración no alcanza a llenar una sola página de un tabloide. Ello quiere decir que, para diferenciarse del facilismo televisivo, el periódico impreso tiene su destino marcado como formador de opinión, como indagador en la esencia de los sucesos contemporáneos, como punto de observatorio y examen. No puede competir con la inmediatez de la radio ni con la imagen en movimiento que aporta la televisión. Hay apocalípticos que constatan que cada día se lee menos y se ve más; la cultura de la figuración reemplaza lentamente a la del entendimiento. No olvidemos que la autoridad del periodismo impreso está vinculada a la amplitud del establecimiento educacional, a la alfabetización, el número de escuelas, el incremento de matrículas, la propagación de la enseñanza superior.

La difusión periodística también está relacionada con el desarrollo de las tecnologías. Todos sabemos del aporte de Gutenberg, pero pocos tenemos en cuenta

que el periodismo moderno no habría sido posible si en el siglo XIX no se hubiese alcanzado una revolución tecnológica de las técnicas de impresión y una notable disminución del costo de producción del papel. La invención del linotipo y de la estereotipia fueron recursos que permitieron el aumento de las tiradas y la disminución del precio de los periódicos. En nuestro tiempo estamos asistiendo a otra revolución tecnológica que amenaza el reinado de la imagen y está por arrebatarse la supremacía a la televisión. Me refiero a la revolución informática que ha convertido las computadoras en el medio más popular para la información. Ese nuevo vehículo no prescinde, en lo absoluto, de las señales lingüísticas. Para ser un receptor de televisión basta con tener los sentidos en orden.

En el siglo que comienza, nos enfrentamos a nuevos desafíos que debemos enfrentar con lucidez. La intolerancia racial, el fanatismo fundamentalista, la explosión demográfica, los déficit educacionales, la omnipotencia creciente de las transnacionales, las catástrofes ecológicas, las migraciones incontroladas, el consumo en auge de estupefacientes, la desigualdad en la distribución de la riqueza. El periodismo moderno tiene como deber ineludible facilitar la toma de conciencia sobre esa gama de riesgos y quebrantos.

El periodista es un sacerdote laico y dentro de sus funciones se encuentra la renovación de la fe en la eficacia de las virtudes patrióticas. Nuestra independencia siempre ha estado menguada por el poder del Estado. Pero en esta época hemos pasado de los brazos del príncipe al regazo del empresario. Son las grandes corporaciones las que dictan hoy lo que hay que ver y pensar. Somos hombres de ideas, de luchas ideológicas, de combates espirituales y por ello el conformismo es el peor anestésico de la eterna vigilia a que estamos obligados. No podemos ser agentes de las clases dominantes porque nuestro oficio nos obliga a ser beligerantes en favor de las clases subyugadas.

En tiempos del llamado socialismo real los periódicos adolecían de una rigidez que los hacía ilegibles. Estaban compuestos de partes oficiales, dogmas administrativos, partes triunfales de las secretarías de gobierno y arengas de funcionarios. El verdadero

periodismo de investigación y exposición objetiva de hechos, ejercicio del criterio y expresión de opiniones no tenía un espacio dentro del orbe moldeado a la soviética. La prensa en los países capitalistas alardeaba, por su parte, de su imparcialidad y rectitud. Ellos eran los verdaderos campeones de la autonomía del pensamiento, decían. En sus periódicos se divulgaba, según el lema de *The New York Times*, «todo lo que debe publicarse».

La guerra en Iraq ha venido a demostrar que eso es puro engaño. Los periódicos estadounidenses, unidos a sus estaciones de radio y de televisión, se han dedicado a defender la verdad oficial del gobierno de Bush sin deslizar ni un átomo de hesitación en sus presentaciones. En el lenguaje de los locutores, se habla constantemente de cómo las tropas han ido a Iraq a restablecer la democracia, a luchar por la libertad del pueblo iraquí, a aplastar para siempre el terrorismo. En ninguna emisión se habla de las ambiciones de los grandes consorcios petroleros ni se mencionan las evidentes vinculaciones financieras de Bush, Cheney y Condoleezza con los carteles del hidrocarburo: Chevron, Texaco, Mobiloil, Shell. No se va a las entrañas del fenómeno que el mundo está sufriendo: la voracidad imperialista de los grandes monopolios del capitalismo desarrollado.

El pueblo estadounidense se traga estas monsergas inflamado de patriotismo, creyendo realmente que combate por el rescate de un pueblo encadenado sin percatarse de que está siendo usado para satisfacer el apetito de ganancia de las empresas petroleras y de quienes las sirven desde las esferas de gobierno. Lo peor es que todo ello está dando óptimos resultados como lo demostraron las recientes elecciones presidenciales. En las grandes capitales se desarrollan manifestaciones masivas de cientos de miles de personas contra la guerra: de Dublin a Tokio, de Madrid a San Francisco; las masas se lanzan a la calle para protestar por la iniquidad, pero las cadenas de televisión apenas dedican el uno por ciento de su espacio a reseñar esa inconformidad universal. Sin embargo, hora tras hora nos atosigan con el poderío del armamento norteamericano, la eficacia de su fuerza aérea, la infalibilidad de sus bombas teleguiadas, la pujanza de sus recios tanques, sus impenetrables blindajes, sus macizos cañones. El objetivo de esa arremetida verbal es convencernos de la invencibilidad de las fuerzas norteamericanas y lo inútil que es ofrecer algún tipo de resistencia ante el avance incontenible de los superhombres.

Lo más grave es la perversión del lenguaje. La manera en que se están utilizando las palabras para enmascarar la verdad, para crear un espacio ficticio, ajeno a los verdaderos acontecimientos. Un vocero del State Department es capaz de declarar ante las cámaras que en la opinión pública mundial estaba creciendo a cada hora el apoyo a la «cruzada liberadora» en Iraq, como si no existiese la evidencia de esas fotos que muestran interminables muchedumbres marchando contra la guerra.

Unido a todo ello va la guerra psicológica. Los propagandistas del Pentágono preparan falsificaciones de los hechos y todo ello encuentra un eco propicio en la CNN, la NBC, la CBS y en los grandes periódicos como *The New York Times*, *Los Angeles Times*, *The Wall Street Journal* y muchos otros. Ninguno de esos medios osa lanzar la menor duda sobre los procedimientos encubridores del sistema. Ninguno se atreve a cuestionar los escamoteos y distorsiones, a pensar por cuenta propia, a alzar una voz independiente del régimen de Bush. La llamada «prensa libre» de la «democracia representativa» ha

encallado en las arenas de Iraq, como lo ha hecho en las distorsiones respecto a Cuba y a Venezuela.

Se ha preparado una vasta maquinaria de corrupción y lavado de cerebros que oriente la propaganda bélica. Thierry Meyssan, periodista de la *Red Voltaire*, ha denunciado que se está poniendo en función un aparato de seducción de periodistas e intelectuales para conquistar el consentimiento de la opinión pública a la nueva política de conquista imperial que predomina en Washington. También se pretende eliminar a los dirigentes políticos que se opongan a los designios expansionistas de Bush. Recientemente Donald Rumsfeld señaló a Alemania y Francia como los objetivos prioritarios de dicho plan, dado el alto nivel de resistencia a la guerra que se percibe en ambos países. En tiempos de Reagan se desarrolló el concepto de «diplomacia pública» llamando así al aparato de distorsión de la verdad y compra de criterios. En aquellos tiempos se utilizó contra la Unión Soviética y estaba bajo la autoridad del vicepresidente, Bush padre. Entre las iniciativas más destacadas estaban la Voz de América, Radio Libertad, Radio Europa Libre y Radio Asia Libre.

Madeleine Albright se percató, en 1999, del estado de deterioro de la imagen de EE.UU. ante el resto del mundo y creó el puesto de Subsecretario de Estado para la Diplomacia Pública. Al llegar Bush, esa posición fue subordinada al portavoz del Departamento de Estado. Tras el atentado del 11 de septiembre esa esfera de actividades recuperó su autonomía. Donald Rumsfeld instituyó en octubre de 2001, un Buró de Influencia Estratégica (OSI), dirigido por un general. Ambos departamentos fueron coordinados por el Grupo Militar de Información Internacional. (IMIG). La OSI está dirigida por William J. Lutti, un ex asesor de Cheney, que ha sido nombrado subsecretario adjunto para Planes Especiales. El nombre en código de todo este operativo es «Gray Fox», zorro gris.

Los cuatro objetivos fundamentales de la OSI, según informa Thierry Meissan, son: primero, convencer a la opinión pública mundial que el atentado del 11 de septiembre no estaba dirigido solamente contra EE.UU., sino contra el conjunto de naciones occidentales. Segundo, EE.UU. no lleva a cabo una guerra contra el Islam, sino contra el terrorismo. Tercero, EE.UU. no atacó a Afganistán, sino ayudó al pueblo afgano a desembarazarse de los talibanes. Cuarto, para paralizar el terrorismo todas las naciones civilizadas deben unirse bajo la guía de EE.UU.

Pese a todos estos esfuerzos las encuestas llevadas a cabo por el Departamento de Estado demuestran que cada día crece el deterioro de la imagen del gobierno de Bush y aumenta la hostilidad hacia la política internacional del gobierno en Washington. Este antagonismo es muy visible en Francia y Alemania. El Congreso está considerando aumentar el presupuesto de esta área, de sus actuales 400 millones de dólares a 655. Rumsfeld emitió a mediados de diciembre de 2002 la «Directiva 3600.1 Operaciones de Información» autorizando campañas en gran escala para influir en la opinión pública.

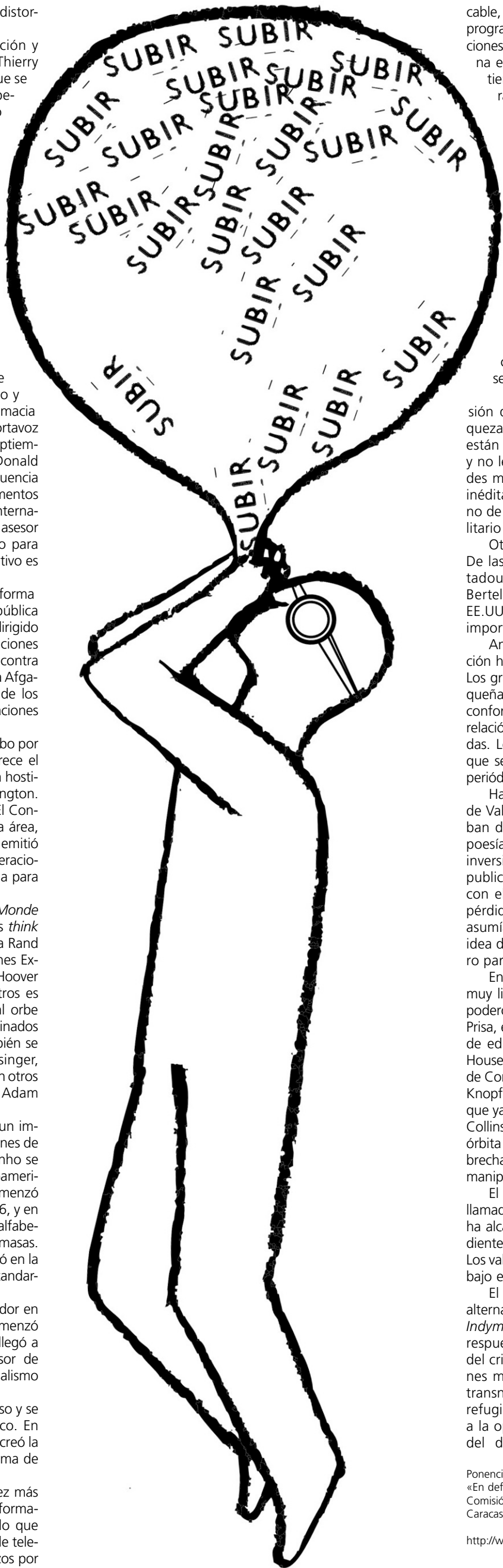
Por su parte, el periodista Emmanuel Desloges, de *Le Monde Diplomatique*, ha señalado la importancia de los llamados *think tanks* en toda esta guerra ideológica. Los principales son la Rand Corporation, el Brookings Institute, el Consejo de Relaciones Exteriores que publica la influyente revista *Foreign Affairs*, el Hoover Institute y el Hudson Institute. El objetivo de estos centros es realizar análisis y pronósticos que ayuden a movilizar al orbe intelectual, la sociedad civil y la opinión pública tras determinados proyectos e iniciativas del gobierno norteamericano. También se utiliza a algunas personalidades destacadas como Kissinger, Brzezinski, Huntington y Fukuyama. En Gran Bretaña existen otros organismos similares como la Heritage Foundation, el Adam Smith Institute y el Center for Foreign Policy Studies.

Al morir el magnate brasileño Roberto Marinho dejó un imperio mediático constituido por una cadena de 113 estaciones de televisión así como periódicos y estaciones de radio. Marinho se convirtió en uno de los más opulentos empresarios latinoamericanos vendiendo sus telenovelas en ochenta países. Comenzó con un pequeño periódico que heredó de su padre en 1926, y en 1940 consideró que para un país con tan alto nivel de analfabetismo la radio era el medio que podía llegar a las grandes masas. En 1940 abrió una estación radiodifusora y en 1960 se inició en la televisión con la estación Globo, que llegó a ser el portaestandarte de su agrupación mediática.

Marinho no es un caso único de monopolio centralizador en las comunicaciones humanas. William Randolph Hearst comenzó a finales del siglo XIX con un periódico en Los Angeles y llegó a poseer una red inmensa de diarios en EE.UU. Fue el impulsor de la prensa amarilla que empleaba el escándalo, el sensacionalismo y la difusión de la violencia de las notas policíacas.

David Sarnoff arribó a Nueva York como inmigrante ruso y se empleó en la compañía Marconi de telégrafo inalámbrico. En 1921 se convirtió en Director General de la RCA y en 1926 creó la NBC. En los años 40 comenzó a sentar las bases del sistema de televisión que aún hoy se mantiene vigente.

Estos casos de concentración monopólica son cada vez más frecuentes en el área de la comunicación de ideas y de la información. En EE.UU. cinco grandes corporaciones controlan lo que ven, oyen y leen los norteamericanos. De los 500 canales de televisión existentes el grupo NBC domina el 90% de los lazos por



cable, los cuatro estudios de cine más importantes y el 75% de la programación emitida. La Clear Channel es dueña de 1 200 estaciones de radio. La News Corporation, de Rupert Murdoch, domina el campo de la prensa escrita. La Viacom, la NBC y la Fox tienen el dominio del 60% de la expresión reflexiva y del raciocinio estadounidenses.

La actual administración de Bush está impulsando un proyecto para viabilizar aún más esa concentración que dejaría al pueblo estadounidense a merced de la manipulación ideológica de las grandes corporaciones financieras. La Comisión Federal de Comunicaciones (FCC) está disponiendo la legislación que propiciaría la concentración de medios en grandes carteles y haría desaparecer a los independientes. Las pequeñas estaciones, los periódicos locales, que no pertenecen a las grandes cadenas, han iniciado un movimiento de protesta con el lema «no voice, no choice», que pudiera traducirse como «sin emisión no hay opción». La FCC tiene el propósito de permitir que se amplíe el número de estaciones y periódicos que puede controlar una sola corporación. De acuerdo con esta tendencia los grandes crecen y los pequeños desaparecen, los negocios menores serán tragados por los grandes trusts.

Ted Turner afirma que perder la posibilidad de expresión de los diminutos y autónomos significa extraviar la riqueza de la diversidad en las ideas. Las grandes corporaciones están concentradas en la necesidad de incrementar ganancias y no les interesa atender los requerimientos de las comunidades menores ni la promoción de nuevas ideas y de iniciativas inéditas. El debate público se está empobreciendo. El gobierno de Bush aprieta cada vez más las tuercas a su modelo totalitario con máscara democrática.

Otro tanto sucede en el orbe de la publicación de libros. De las cinco empresas que detentan el 80% del mercado estadounidense, tres están en manos de grupos europeos. Bertelsman controla más del 30% de las ventas de libros en EE.UU. y los grupos ingleses Murdoch y Pearson dominan un importante sector de la industria.

André Schiffrin asegura que en los últimos diez años la edición ha cambiado más que durante todo el siglo anterior al XX. Los grandes grupos internacionales han ido adquiriendo las pequeñas editoriales una tras otra. Estas reducidas empresas se conformaban con pequeñas ganancias y mantenían una estrecha relación con la vida intelectual del país donde se hallaban asentadas. Los nuevos amos son inmensos *holdings* insertados en lo que se llama la industria de la comunicación y están ligados a periódicos, revistas, cadenas de radio y televisión.

Hasta hace poco las editoriales no se cotizaban en la Bolsa de Valores. Los editores consideraban que algunos libros estaban destinados a perder dinero, especialmente los tomos de poesía y las novelas de autores noveles, pero constituían una inversión para el porvenir y otorgaban prestigio a quienes los publicaban. Hasta 1980 la editorial Doubleday perdía dinero con el 90% de los libros que publicaba y se resarcía de sus pérdidas con los *best sellers*. O sea, que la literatura comercial asumía el papel de mecenas de la cultura más elaborada. La idea de que los editores existían únicamente para ganar dinero parecía inapropiada y poco ética.

En no pocas ocasiones, la vida de los libros ha tenido un parto muy ligado al quehacer político. Un consorcio editorial español poderoso, como el surgido en torno al periódico *El País*, el Grupo Prisa, está muy unido al auge del PSOE. Un ejemplo de la fusión de editoriales por megaindustrias es la absorción de Random House por la RCA. Rupert Murdoch adquirió el imperio revisteril de Condé Nast y Bertelsman compró Doubleday y Bantam. Alfred Knopf también fue tragado por Bertelsman. El grupo Pearson, que ya disponía de la prestigiosa Penguin Books, adquirió Harper Collins. También Simon & Schuster y McGraw Hill han caído en la órbita de la concentración monopolizadora. Se ha creado una brecha moral, dada la entrega del universo de Gutenberg a las manipulaciones del mercado.

El control de la difusión del pensamiento en las sociedades llamadas democráticas, en realidad las de economía de mercado, ha alcanzado un grado superlativo. Los pocos editores independientes que aún quedan no se arriesgan a la prisión ni al exilio. Los valores culturales y la autonomía de la razón están pereciendo bajo esta absorción de los pulpos financieros.

El auge de la red Internet ha permitido la aparición de vías alternativas de expresión como *Rebelión*, *La Jiribilla*, *Red Voltaire*, *Indymedia*, *Argenpress*, *Al Jazeera*, etc., que constituyen una respuesta a las necesidades de la información independiente, del criterio emancipado de la razón de estado o de las presiones monopólicas, libres de la voracidad de las corporaciones transnacionales. Es en esa voz insumisa y justa, donde se ha refugiado la comunicación honesta, la que permitirá sobrevivir a la opinión soberana en una era de agobios y contracciones del discernimiento. ■

Ponencia al Congreso Mundial de Intelectuales en Venezuela
«En defensa de la humanidad».
Comisión de Medios Masivos de Comunicación.
Caracas, diciembre de 2004

http://www.lajiribilla.cu/2004/n188_12/188_05.html

MÁS allá Del



«Fuera tropas»

Naomi Klein
E.E.UU.

No basta demandar que las tropas estadounidenses salgan de Iraq, dice la autora. Hace falta que el movimiento contra la guerra exija que EE.UU. pague reparaciones al pueblo iraquí y que «ofrezca apoyo concreto a las demandas políticas que surgen de Iraq» y a programas como el de las raciones de alimentos. «El fracaso en desarrollar una plataforma creíble más allá de 'fuera tropas' podría ser una de las razones por las que el movimiento antiguerra se mantiene estancado, aun cuando la oposición a la guerra se profundiza».

Resulta que la tienda Pottery Barn ni siquiera tiene una regla que diga: «Tú lo rompes, tú lo pagas». Según un vocero de la compañía, «en la rara ocasión en que se rompe algo en la tienda, se asume como pérdida». Sin embargo, la inexistente política de una tienda que vende sacacorchos de 80 dólares aun ejerce más influencia en EE.UU. que las Convenciones de Ginebra y la Ley de Guerra Terrestre del Ejército estadounidense combinada. Bob Woodward (director adjunto de *The Washington Post*) apuntó que Colin Powell evocó «la regla de Pottery Barn» antes de la invasión, y John Kerry juró lealtad a esta regla durante el primer debate presidencial. Y la regla imaginaria aún es el instrumento no punzante favorito para golpear a cualquiera que se atreva a sugerir que ya llegó la hora de retirar las tropas de Iraq: claro que la guerra es un desastre, argumentan, pero no la podemos parar ahorita —si tú lo rompes, es tuyo.

Si bien no citó por nombre a la cadena de tiendas, Nicholas Kristof dejó el argumento claro en una reciente columna en *The New York Times*. «Nuestra equivocada invasión dejó a millones de iraquíes desesperadamente vulnerables, y sería inhumano abandonarlos ahora. Si nos quedamos en Iraq, aún hay algo de esperanza de que los iraquíes lleguen a disfrutar de la seguridad y de mejor vida; pero si nos salimos, estaremos condenando a los iraquíes a la anarquía, el terrorismo y la hambruna, y costará las vidas de cientos de miles de niños durante la próxima década».

Comencemos con la idea de que EE.UU. ayude a proveer seguridad. Al contrario, la presencia de sus tropas provoca la violencia cotidiana. La verdad es que mientras permanezcan las tropas, toda la estructura de seguridad del país —las fuerzas de ocupación, los soldados iraquíes y los oficiales policíacos— estará exclusivamente dedicada a rechazar los ataques de resistencia, dejando un vacío en lo que respecta a cubrir la seguridad de los iraquíes de la calle. Si las tropas se salieran, los iraquíes aún se enfrentarían a la inseguridad, pero podrían dedicar recursos locales a restablecer el control de sus ciudades y barrios.

En cuanto a prevenir la «anarquía», el plan estadounidense de llevar elecciones a Iraq parece diseñado para prender una guerra civil —una guerra civil que justifique la actual presencia de las tropas estadounidenses sin importar quién gane los comicios. Siempre quedó claro que la mayoría chiita, que desde hace más de un año convoca a elecciones inmediatas, nunca iba a aceptar una demora en el calendario electoral. También queda claro que al destruir Fallujah para prepararla para las elecciones, gran parte del liderazgo sunita se vería forzado a convocar a un boicot de las elecciones.

Cuando Kristof asegura que las fuerzas estadounidenses deberían de quedarse en Iraq para «salvar a cientos de miles de niños» de la hambruna, es difícil imaginar a qué se refiere. El hambre en Iraq no es simplemente un efecto secundario de la guerra —es el resultado directo de la decisión estadounidense de imponer brutales políticas de «terapia de shock» a un país que ya estaba enfermo y debilitado por 12 años de sanciones. La primera acción de Paul Bremer como administrador civil fue despedir a 500 mil iraquíes, y su principal logro —por el cual se le otorgó la Medalla Presidencial de la Libertad— fue supervisar el proceso de «reconstrucción», que sistemáticamente robó sus empleos a los necesitados iraquíes y se los otorgó a empresas extranjeras, lo cual provocó que la tasa de desempleo llegara a 67%. Y el peor de los shocks aún está por venir. El pasado 21 de noviembre, el grupo de países industrializados conocido como el Club de París, finalmente dio a conocer su plan para la impagable deuda de Iraq. En vez de perdonarla simplemente, expuso un plan de tres años para amortizar el 80%, siempre que los futuros gobiernos iraquíes se adhieran al estricto programa de austeridad del Fondo Monetario Internacional. Según los primeros borradores, el programa incluye «la reestructuración de las empresas estatales» (léase: privatización), un plan que, según el Ministerio de Industria iraquí, requerirá el despido de otros 145 mil obreros. En nombre de «las reformas del libre mercado», el FMI también quiere eliminar el programa que provee a cada familia iraquí de una canasta de alimentos —la única barrera contra la hambruna para millones de ciudadanos. Hay presión adicional para eliminar las raciones de alimentos que llegan de la Organización Mundial de Comercio (OMC), que, por pedido de Washington, está considerando aceptar a Iraq como miembro —siempre y cuando adopte ciertas «reformas».

Miseria planeada

EE.UU. rompió a Iraq y no está en el proceso de repararlo. Simplemente continúa rompiéndolo por otros medios. No solo usa F-16 y Bradleys, sino también el armamento menos deslumbrante: las condiciones del FMI y la OMC, seguidos por unas elecciones diseñadas para transferir la menor cantidad de poder a los iraquíes. Esto es lo que el afamado escritor argentino Rodolfo Walsh (asesinado por la junta militar en 1977) describió como «miseria planeada». Y mientras más se quede EE.UU. en Iraq, más miseria planeará.

Las fuerzas antiguerra se muestran reticentes a hablar acerca de lo que los estadounidenses le deben a Iraq. Rara vez usan la palabra «compensación», sin mencionar una más cargada: «reparaciones».

Las fuerzas antiguerra también han fracasado en ofrecer apoyo concreto a las demandas políticas que surgen de Iraq. Cuando la Asamblea Nacional iraquí condenó enérgicamente el acuerdo del Club de París, que forzaba al pueblo iraquí a pagar las «odiosas» deudas de Saddam y que les robaba su soberanía económica, el movimiento antiguerra prácticamente se quedó callado, a excepción del tenaz, pero poco apoyado Jubilee Iraq.

El fracaso en desarrollar una plataforma creíble más allá de «fuera tropas» podría ser una de las razones por las que el movimiento antiguerra se mantiene estancado, aun cuando la oposición a la guerra se profundiza. Los gobernantes estilo Pottery Barn tienen razón en algo: romper un país debería acarrear consecuencias a quienes lo rompieron. Ser dueño del país roto no debería de ser una de ellas, ¿pero qué tal pagar las reparaciones? ▀

Traducción: Tania Molina Ramírez
http://www.lajiribilla.cu/2005/n191_01/191_04.html



Jefe de Redacción:

Nirma Acosta

Diseño:

Eduardo Sarmiento

Darien Sánchez

Ilustraciones:

Camaleón



Realización:

Isel Barroso

Webmasters:

René Hernández

Janios Menéndez

Corrección:

Odalys Borrell

Grechel Calzadilla

Consejo de Redacción:

Manuel H. Lagarde

Julio C. Guanche

Rogelio Riverón

Bladimir Zamora

Omar Valiño

Joel del Río

Daniel García

Ernesto Sierra

Jorge Ángel Pérez

Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly #4 esq. Tacón, La Habana Vieja.

☎ 862 8091 ✉ jiribilla@cubarte.cult.cu Precio: \$1.00

www.lajiribilla.cubaweb.cu www.lajiribilla.cu

Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma

